



*Paso
a
distancia*

Martín Smud



Martín Smud

Paso a distancia



Introducción

El termómetro se volvió un elemento significativo de nuestra cotidianidad, en nuestro botiquín, en nuestra mesa de luz, con miedo nos tomamos la temperatura porque la lectura de sus resultados nos acecha. Se trata del miedo a caer. Sí, tan duro como eso. Estaremos, si marca por encima de los 38 grados (y otros síntomas) en las puertas de algo diferente a un problema; la incertidumbre del porvenir y un ligero ahogo que no logramos distinguir si es de angustia o un signo del avance de ese enemigo invisible. Recordaremos el cuento “La casa tomada” de Cortázar, no había aviso previo cuando ya el cuarto había que clausurarlo, así uno y otro, con incertidumbre, cada vez más, la vida cotidiana, ¿qué pasará?, hasta quedarse en un solo espacio, en el enclaustramiento de tener cada vez menos aire para respirar.

La palabra cuarentena hace un tiempo circula copiosa, grandilocuente, demasiada entre nosotros. Se están cumpliendo más de cinco meses de su comienzo. Quedarse adentro, cada uno en el lugar que se tiene. Esos tiempos, y estos, se escucha la voz profética de los demonios, algunos dudaban si tenían voz pero nadie dudaba que nos detenían el aliento, hoy se nombra con la palabra griega catástrofe, o sea voltear para abajo, o sea ir para peor. El abajo sigue demarcando la senda de los espíritus malignos que pocos escuchamos pero muchos menos nos animamos a negar su existencia.

Hoy preferimos el académico concepto de tiempo histórico, que nos permite encerrarlo en el almanaque, marcarlo con tranquilidad de siglos, décadas, años y este nuevo siglo, no lo van a negar, se venía construyendo desde hace muchísimos años y por fin nos ha dejado verle la cara.

Aquí escribiremos de esto, de lo hablaremos en el futuro, para siempre. De la vida cotidiana, del trabajo docente que se volvió a distancia, del trabajo de psicólogo que se volvió on line, de nosotros que seguimos contando lo que nos pasa y queriendo llegar a tu puerta y entregarte unas palabras y hacerte unas preguntas. Tan simple y tan complicado como eso.

Estamos en un nuevo siglo, en el retrasado siglo XXI, y no porque haya llegado tarde sino porque nos vuelve a nosotros peronas con un leve retraso mental, que no entendemos que hacer con nuestra celda de la videoconferencia de cada día ni con los problemas que ahora se amplificaron en el sonido estridente del Pandemonio. Hoy, 2020, la fecha de un nacimiento, debemos estar contentos, la cosa se mueve, si el siglo XX terminó antes de tiempo, en el año 1989, con la caída del muro de Berlín; el comienzo del siglo XXI se fecha en este año.

¿Por qué dudar? Si el otro se fue antes, éste llegó retrasado. Sabemos que los acontecimientos históricos no siguen la dura rutina de los números redondos sino de los polvos cósmicos y los desastres humanos. Ha nacido hoy, hace tres meses, tiene menos de un año. Somos protagonistas de un acontecimiento, tan emocionante como aterrador.

Los argentinos y argentinas, tomamos el hecho de una manera singular, pareciera que estamos más preparados que el resto del mundo. Hace décadas y décadas, venimos repitiendo “es la

peor crisis de nuestra historia, es la peor crisis que vivimos hasta ahora, tocamos fondo, estamos frente al precipicio”. La idiosincrasia argentina parece estar habituada a la catástrofe. Es como si tuviéramos un “crisómetro”, se divierte nuestro amigo Nacho Lewkowicz creando neologismos, sabiendo que nos dejará tan risueños como pensativos. “Siempre llevamos en algún lugar escondido ese termómetro, y le tomamos la temperatura a las crisis”. Y ¿si ésta se estuviera acercando a los 42? ¡Catástrofe! Siempre esperándonos en el fondo de la angustia pero está acá y es planetaria.

Abrimos estos textos que son crónicas, tantos años escribiendo, tantos años huyendo de lo que me gusta, si tanta perseverancia tuvo sentido, escribir las crónicas de las historias que estamos viviendo. Y ustedes agregarán las propias, leyéndolo como puedan. Sólo les diré que este libro está vivo, que enseña lo que aun no sé, que descubre lo que seguía siendo un misterio.

La aterración tenía dos significados hasta ahora, hasta ayer: era el miedo que no tiene control, lo aterrizante y era el retardo de una época, una paradoja, nos quedamos detenidos en la tierra en un planeta hiperconectado: el confinamiento nos detenía el movimiento en la tierra pero nos abría el campo infinito del planeta en nuestras manos, ya no vemos el dedo preñil, el divertido pulgar o el mandón índice sino el implante de nuestro celular que nos dice cómo estamos, quiénes cumplen años hoy y que recibimos un me gusta por nuestro cómo estoy.

Esta crónica esconde el nuevo significado, en estos tiempos eléctricos será el polo a tierra, es lo que nos permite no quedarnos pegado, tan maldita como necesaria como el agua, es lo que da continuidad a nuestra vida, escribiendo sigo viviendo, tan simple como eso.

PASO A DISTANCIA

Paso a distancia

Cuando un día me levanté a las 4 de la mañana y fui para el living comedor estaban mi hijo mayor Julián de 17 años jugando a la Play, y mi hijo menor Ciro de 14 años, igual que yo, despierto para ir a comer algo a la cocina. Abro un paquete de galletitas de agua sin sal, insípidas como todo lo que es saludable, y le digo que había escrito sobre el tema de lo épico que tanto le había escuchado repetir, me responde: *Buehhh ya empezamos*. Me río, me había clavado el cuchillo en la yugular y estaba untando mi sangre con las galletas que se deshacían en miguitas sobre la mesa. Y ¡yo contento por encontrarnos los tres! Le hablo a mi hijo más grande, aprovechando que estaba de buen humor, jugando a la guerra con diez amigos *on line*, si les pregunta quiénes quieren que les realice una entrevista acerca de cómo estaban pasando los egresados de quinto estos tiempos sin escuela. Julián les habla en su código, les dice que su padre está nuevamente aprovechándose de sus contactos y les cuenta sobre el tema. Muchos de ellos a quienes conozco de jardín se entusiasman de poder hablar acerca de lo que están viviendo y otros que no me conocen mucho, medio sorprendidos de ese pedido inesperado a esas horas e interesados por el tema de quinto año y pandemia, aceptan, y todos se ríen y siguen matando nazis o aliados, dependiendo del equipo que les tocó; ya los llamaré.

Ese soy yo, un padre que quiere saber acerca de sus hijos; a veces me pregunto si no seré un poco metido pero si conocieran a mi madre judía seguramente pensarían que las generaciones

han mejorado, que existe la evolución natural y antes que me crucifiquen les digo que soy docente. Hace más de cinco meses que comenzó este descalabro y uno de los síntomas que siento es una enorme curiosidad por saber cómo quedará el planeta que nos tocará vivir. Y hablo de planeta y no de mundo, porque el mundo estalló este 2020.

Lo que no me queda muy claro es si mi interés va de mis hijos al planeta o del planeta a la generación de mis hijos. Tampoco tengo claro si investigo lo que pasa con quinto año o quiero saber si esto de la educación a distancia sirve de algo y no me animo a preguntarles a mis estudiantes que me escuchan la mayoría con las camaritas apagadas y les hablo suponiendo que están del otro lado escuchando y aprendiendo.

¡Quiero saber cómo están viviendo los adolescentes, desde hace más de cuatro meses arrojados a un tipo de educación improvisada que se llamó lúcidamente “a distancia”! ¿A quién se le habrá ocurrido este nombre? Es como llamar a un gato, gato, a un árbol, árbol... un nombre inapelable. ¡Quiero saber lo que estoy haciendo!, quiero saber qué estoy haciendo en el aquí y ahora, y justamente ése es uno de los problemas, no existe más el aquí. El lugar ya no es compartido, el aquí es allí, el espacio en que te ha encontrado la cuarentena y quedate ahí.

El estado planetario ha decretado el estado de excepción sanitaria. Ahí me pongo a hablar, que si Agamben hubiera vivido en Argentina no lo hubiera llamado estado de excepción. Que se acordaría de todo lo que hemos pasado. El problema que tengo al dar clases es que nunca aprendí a respirar mientras hablo. Con el paso de los minutos, de las horas, comienzo a levitar y no sé si es por lo que digo, por el apasionamiento de cómo lo digo o porque no respiro. Al tiempo siento que me agarra como un

ahogo y que en cualquier momento me puedo morir. Con los años no he mejorado mucho, en realiad he empeorado, creo porque llegado a un punto, quizás por la falta de oxigenación, soy capaz de decir cualquier cosa. En esos momentos soy mono con navaja. No sé si esta frase denota mi edad, cada vez más, palabras que digo, muestran que pasé los cincuenta, vienen a mí formas de hablar del tiempo del ñaupá. Si los adolescentes hablan con su jerga, ¿por qué nosotros sentimos tanta vergüenza de hablar a nuestra manera? ¿Porque se nota que esa palabra la decía mi padre en la década del 60!

Y también esto viene a cuento, de chico me llamaban mono y ¿qué hace un mono?, salta de una rama a otra, con esto les quiero poner sobre aviso de mi estilo por si aún no se han dado cuenta, de que si quieren la cosa ordenada, pasen al siguiente porque nunca pude y, ahora menos que menos, ¡tengo tantas cosas para hacer y tan poco tiempo!

Quisiera saber qué pasa con mis hijos, ¿tengo derecho a saber qué es lo hacen, piensan, les ocurre a mis hijos? Algunos dirán que hay límites, que es un poco obsceno meterse tanto con los hijos, esperen para sacar conclusiones, no es que me vaya a pelear con ustedes que, por otro lado, no puedo pero creo que el amor es un poco obsceno. Lo que habría que preguntarse, y yo me hago la misma pregunta, es porqué darlo a conocer. Si cada padre o madre contara qué es lo que hace con sus hijos, o lo que no hace, o lo que piensa, o las cosas que ha hecho seguramente dirían lo mismo. Las cosas que hemos hecho en estos tiempos pandémicos merecerían que todos escribiéramos.

Entonces la pregunta es si una crónica que hablara de los hijos en pandemia, del amor que se siente, de querer tener participación en la vida de ellos y del mundo en que vivimos, de ser

docente y de lo que hago con la camarita encendida hablando por videoconferencia, tendrá interés.

Es gracioso eso de las videoconferencias, ya me siento un especialista cuando hace cinco meses no sabía qué era eso, y ahora que todo el año va a ser así, seguro no volvemos hasta que se descubra la vacuna que se espera para el primer semestre del año que viene.

El otro día se me ocurrió imaginar qué hubiera pasado si el que tenía diecisiete años hubiera sido yo, el año que me fui de viaje de egresado a Bariloche, ¿qué me hubiera pasado con esta pandemia?, ¿cómo viviría mi generación frente a la necesidad de cuidarme, cuidarte? Pero bueno, tranqui, tranqui, no me voy a poner a hablar de mi novia de esa época... que me dejó por otro chico unas semanas antes de ese viaje... pero ganas no me faltan.

* * *

Los egresados de quinto año. Está terminando la primera parte del año y ya saben todos del futuro incierto de la presencialidad escolar. Cuando escribo “todos”, tendría que escribir todes, desde hace cinco años no sé cómo escribir, coincido con la idea de no discriminar pero no me suena bien escribir con e, al principio del dos mil diez agregué a todos, el femenino todas, poco tiempo después todos, todas y todes. ¡Quedemos en que cada vez que pongo todos, estoy escribiendo todas y todes! No se puede escribir siempre un texto haciendo aclaraciones acerca de que no discrimino cuando es evidente que por hablar discrimino, hago un esfuerzo sobrehumano para que la lucha primero feminista y luego la lucha inclusiva de lo trans, se encuentren dentro del universo de mi vida pero el costo puede ser aburrido

para los fines de la escritura, además yo también me siento discriminado, la tecnología me ha discriminado. Algunas de las aplicaciones que no dejan de aparecer todo el tiempo, no las entiendo aunque intento estar actualizado, por momentos quiero colgar los botines. Otra de hace años, ¿no? ¿Se sigue diciendo así?, supongo que sí, porque se entiende, educación a distancia se entiende y que los chiques de quinto año la están pasando mal también se entiende.

Los egresados de hoy fueron, por una marca del destino, los que allá por el 2009, entraban a su primer grado y atravesaban la pandemia del virus N1H1, apenas estaban aprendiendo a leer pero ya sabían decir gripe porcina, hoy en quinto año no pueden creer que les vuelva a pasar. Primer grado pandemia, quinto año, pandemia. La primera generación de estudiantes del siglo XXI. Y eso no es joda. Muchos estudiosos, intelectuales, filósofos y yo mismo ubicamos el nacimiento del siglo XXI en este año, 2020, ¡qué lindo decirlo así!, veinte veinte. Si el siglo XX, terminó antes de tiempo, con la caída del muro de Berlín en 1989, ¿por qué no pensar que el siglo XXI comenzara atrasado? Y ¿qué hubo entre ese año y el 2020? Muchas cosas, la lucha feminista, la lucha por los derechos de género, un docente que termina su secundaria, se va de viaje de egresado y que por el 2000 decide tener hijos que nacen y comienza Julián su primaria justo en una pandemia y justo en la época que comenzó a fragmentarse la vida en múltiples pantallas. ¿Ustedes creían que iba a dejar afuera al gran protagonista de estas épocas? La tecnología colonizó al ser humano, a mis hijos, a mí.

“Vamos a hacer el viaje de egresado al hospital” dijo Valentina cuando la entrevisto y agrega que su quinto año es una desilusión. Octavio sostuvo que las expectativas se fueron, Mateo afirma que perdió su quinto año, Agus que tuvieron mala suerte.

Pero a renglón seguido sostienen (algo aún peor para mí) que la tecnología los salvó. Que la sociabilidad hoy depende de las consolas de juego, Valentina sostiene que “no recomiendan estar tanto tiempo en la pantalla pero es lo único que me mantiene a flote”, Mateo no salió en meses, “sólo hablé con amigos a través del zoom y sobre todo de la Play”.

Quizás para muchos que tienen adolescentes de clase media esto sea una obviedad pero descubrir que después de tanto luchar contra la tecnología, ¡no te quedés tantas horas frente a la pantalla!, estas épocas demuestran que nos ganaron por goleada. Octavio ubica ahí uno de los puntos de la dificultad del aprendizaje a distancia: “El aprendizaje lo siento más complicado, me cuesta más centrarme en el estudio, ¡dónde estudiamos es el mismo que el lugar donde jugamos!”.

“No se caga dónde se come” dije por lo bajo. ¿Es una frase de mi época? Quizás habría que diferenciar frases de todos los tiempos y frases de cada época. Pero entro en dudas, qué es qué. Octavio, desde chico me sorprendió lo inteligente que era y lo bien que jugaba al fútbol y por supuesto excelente alumno, escuchó mi comentario fuera de lugar y agregó: “Difícil aprender con los mismos medios y en los mismos lugares que se usan para la joda nocturna y para el aprendizaje mañanero escolar”.

“Me la baja muchísimo no poder ir al colegio” dice Mate todavía sin haber pisado las aulas. ¿Qué significa “me la baja” o como podría decir Agus “me la seca”? Su connotación sexual no necesita explicación, se presupone que lo bueno sería lo erguido y lo mojado, el acto sexual logrado. Estas épocas nos presentan lo contrario: lo caído y lo seco. Erguido y flácido, mojado y seco son atributos antinómicos, no sólo de las sensaciones de los de quinto frente a la pandemia sino de una época que anima

los órganos sexuales y que también nos lleva a comer donde se caga, cagar donde se come. Una continuidad de lugar que marca que, en el aquí y ahora, sólo queda la instantaneidad del ahora, tiempo continuo y que el aquí, el lugar en que vivo, la tierra, ha explotado.

La sexualidad motoriza el discurso, los adolescentes muestran su disconformidad, esta época es la de una relación que dificulta cualquier encuentro, no se puede salir fácil, verte es con tapaboca y a un metro de distancia. Estamos en la época de la “protocolización” del encuentro, los chiques de quinto sexualizan su insatisfacción y su discurso. La época les pone impedimentos para acceder al otro, la época se las baja, no es permisiva con los encuentros de los cuerpos.

Pero si la época “nos la baja”, los seca, los deja sin deseos, atrapados en las celdas de la videoconferencia de cada día, ¿el juego de la Play es lo único divertido que Mate dice que ha vivido en estas épocas de “bajadas”? Cuando me encuentro con mi hijo a las cuatro de la mañana está divirtiéndose con sus amigos en la Play. Con los amigos de la secundaria y sobre todo el reencuentro con los de la primaria. Esos amigos con quienes comenzó a jugar al fútbol en el equipo de la escuela los sábados por la mañana en primer grado cuando corrían para todos lados intentando patear la pelota para el arco rival.

“El covid fue un pelotazo que no la vimos venir. Y ahora todo es una paja, estamos conectados virtualmente pero se extraña el contacto físico” dice Hamid. Les gusta que alguien les pregunte cómo se sienten. La escuela está a miles de kilómetros, los docentes hicieron lo que pudieron, algunos, algunas estaban perdidos, Mate me nombró a una preceptora, me dijo que odiaba la tecnología, seguramente no sabía ni mandar un

email, ni que te digo organizar un zoom o el google drive. Le pregunto si me pasa el email. Me gustaría escucharla.

Los horarios de los adolescentes se han vuelto divertidos, desayunan a las dos de la tarde, almuerzan a las seis, cenan junto con la merienda a las 22. Así están, a los tumbos y ahora ya adaptados a la nueva “normalidad”, no quieren volver a los despertadores corta mambos, a las pruebas entreguen ahora, profe no estudié, pero también cuando les preguntás que es para ellos la secundaria, no saben cómo decir todo lo que han cambiado, todo lo que han aprendido, todo lo que han hecho. Tòdes guardan algún objeto o muñeco de esta nostalgia de lo que fueron, no les vayas a tirar a Picachu o al perrito que les regaló la abuela, dan afecto y se sonrojan como en aquellos partidos y encuentros cuando apenas sabían cuál era la puerta para entrar a su primer grado.

* * *

No sé si estuve bien al abrir algunas puertas. Pero bueno al abrirlas se encuentran a quienes están detrás y sufren y se angustian. La preceptora estaba muy angustiada. Extremadamente. Cuando le cuento que soy docente, me cuenta lo que habló ayer con la directora de la escuela y la carta que le está escribiendo.

Las consecuencias de este vertiginoso paso a la docencia a distancia y la necesidad de utilización de herramientas tecnológicas han llenado de angustia nuestros lugares de vida. Los docentes hemos debatido, como hemos podido, el derecho a la desconexión, la necesidad de continuar las tareas por videoconferencias aunque dejara a muchos no incluidos, la conversión del trabajo en un “corrector” de classroom y, en última instancia,

el destino de la educación en este tiempo pandémico y de un planeta que se quiebra en múltiples pantallas.

Y esto fue furibundo en la secundaria, el tiempo más complicado, para docentes, preceptores, directivos, estudiantes. La vertiginosidad ha sido constante para esta primera parte del año, todas las instancias educativas han pedido un esfuerzo extraordinario a sus trabajadores. Y así como son los pedidos también son las angustias que viven los trabajadores de la educación. Así es la angustia de María que me cuenta lo que está escribiendo.

Querida directora:

“Quería comunicarme con vos para contarte francamente que no puedo más, que la angustia me ha sobrepasado. Todos estos meses he tratado de ocultar lo que ya es una evidencia: el google drive me rechaza, el classroom me detesta. Intente pasar desapercibida esperando que esto pasara y que volviéramos a lo presencial, cada vez que se extendía más la cuarentena me daba cuenta de que la segunda parte del año me sería insoportable cuando todos volvieran con un: “Bueno al menos esto ya la hicimos el cuatrimestre pasado, ya no es nuevo” y yo tuviera que decirte esto que ahora quiero que me escuches, al menos que me escuches, sé que no lo vas a poder comprender porque a vos todo esto de la tecnología te resultó fácil y no podés comprender esta fobia que siento cuando me tengo que sentar delante de la computadora a llenar planillas, subirlas a una plataforma o como se la llame y poner los emails para que lo vean quienes lo tienen que ver.

Siempre me ha resultado insoportable mandar un email, entiendo que las nuevas épocas son así y que no me tengo que quedar fuera pero no lo hago a propósito, me aturdo cuando me siento y pierdo el valor de sentir que puedo manejar la cosa, me siento una tonta frente a la tecnología, quizás sea un poco tonta y no haga la tecnología otra cosa que mostrármelo pero todos dicen que hay que estar actualizado,

eso también quiere decir que algunos nos hemos quedado no actualizados, y ¿qué hacemos nosotros? Somos los desactualizados, somos los que no sabemos cómo hacer con las computadoras. Para hacer este trabajo: ¿No alcanzaba con bancarse la falta de interés de los estudiantes secundarios?, ¿no alcanzaba con tratar de hablar con ellos y ellas para solucionar los miles de problemas que se generaban con esta falta de ganas que sentían además de tener la edad que tienen, de no venir a la escuela, de mantenerse toda la noche despiertos jugando a esos juegos de guerra o de construcción que parecen mucho más divertidos que lo que le enseñamos en la escuela?

¿Qué es lo que me pasó y cómo podría hacer para mejorar?, eso me lo vas a preguntar, seguro me lo vas a preguntar, que tengo que cambiar porque si no cómo vamos a seguir, ¿terminaré pidiendo licencia por motivos psiquiátricos, primero quince días y luego un mes y luego de mucho sufrir me pasarían a tareas pasivas? ¿Cómo tantas personas que no han podido seguir el régimen docente! ¿Tan exigente es la docencia!

¿Por qué tengo que empezar a contar los días para que me llegue la jubilación? ¿Se han contabilizado las personas que se quedan afuera de todas estas formas novedosas que aportan las tecnologías? ¿Alguien nos preguntó si era la forma cómo quisiéramos vivir?, ¿alguien nos preguntó si hay derecho para que cambie tanto nuestra forma de trabajar hasta el punto que ya no hay estudiantes en las escuelas?

Estoy con un síndrome vertiginoso, me paro y me tengo que volver a tirar a la cama porque no puedo aguantar sin sentir que todo se mueve en mis piernas, el mundo se está moviendo muy rápido, para resistir me tengo que mantener en cama y peor esto me angustia y cuando te cuento que no puedo me preguntás que voy a hacer y siento que me estás enfrentando y que así débil como estoy te digo que voy a tomar licencia, que qué más puedo hacer y ahora sos vos la que se pone mala y se pone a llorar, ahora encima de mi angustia siento tu llanto como una recriminación, encima te estoy dejando

más trabajo a vos y a mis compañeros preceptores, encima siento más culpa, no sé qué voy a hacer, me quiero morir pero te digo que lo voy a intentar, nuevamente lo voy a intentar.

Empieza la última parte del año, tengo que resistir, mi rechazo por las cuestiones tecnológicas y no saber cómo hacerlo, voy a ver quién me puede ayudar, quizás mi hija, una persona del edificio pero voy a hacerlo, quería que sepas que no estoy bien. Intentaré ponerme a tono, aprender y sobre todo no sentir este rechazo que para algunos no es muy comprensible pero para quienes lo sentimos conlleva una dificultad difícilmente solucionable. Gracias por la ayuda porque con muy poco me podría sentir nuevamente operativa y con ganas de seguir aportando al trabajo común”.

* * *

A la mañana siguiente me despierto, no he dormido bien además de despertarme a las cuatro y encontrarme a esas horas con mis hijos, hoy tengo que dar clases por zoom, soy docente universitario, por si no lo había dicho, y hoy me toca una de esas clases que son fundamentales, falta poco para el parcial y los estudiantes sin decirlo te acusan de que no les dijiste claramente qué les iban a tomar y que diste demasiadas vueltas en los temas y que no fuiste a lo importante y, si bien este año estaban más contentos y agradecidos porque habían podido seguir estudiando, un parcial era un parcial, una nota era una nota.

Al rato se despierta mi hijo menor, le pregunto cómo durmió, parece no contestarme, parece no escucharme, se encuentra en su mundo. ¡Cómo ha cambiado su ánimo desde el encuentro en la madrugada! o quizás sea yo el que cambié. Le vuelvo a preguntar, que cómo durmió y me responde que por qué no le preguntás a guggll.

Ciro sabía lo que decía, me estaba mandando a la mierda, sabía lo obsesionado que estaba con ese buscador de buscadores, sabía que ¡por fin! había encontrado el gran oxímoron de estos tiempos, ¡la cuenta gratis que pagarás toda la vida!, esa cuenta que había que poner ni bien te comprabas un celular para acceder a, como cincuenta imprescindibles aplicaciones, entre las que se encontraban el meet, el google drive, el classroom pero además te daban un espacio gratis en la nube por si perdías o te robaban el celular, esa localización en tiempo real para llegar a cualquier rincón del mundo con una diferencia de milímetros entre donde estás y donde el celular dice que estás. Y esos cambios en el mundo del trabajo, hoy la principal fuente de generación de nuevos trabajos, ¡si me apuran me pongo a hablar!, el otrora trabajador marxista de las clases sociales ahora se llamaba emprendedor comprándose hasta su propio bolso de trabajo como si estuviera negociando acciones en la compañía.

No era tanto que había dicho google sino cómo lo había dicho: guggul, había una historia en esa entonación, la de mi amigo Augusto, que se divertía hablándole al celular. “Hola guggul”, era graciosa e imposible de olvidar su manera tan particular de hablarle, siempre hacía un chiste, le preguntaba a guggul que significaba guggul. Preguntarle a google qué significa google era la “última” paradoja del siglo XXI o mejor dicho la primera paradoja del siglo XXI. En el mismo centro de la pregunta ontológica por el ser, la interrogación simiesca de Augusto.

Y el aparatejo, con voz de mujer castiza, seductora, cuarentona, con acento neutro, le contestaba que google venía de la matemática, cuyos teoremas habían sido postulados por el matemático Kasner y luego esa voz se ponía más intimista y nos decía que para explicarlo de una manera entendible, se trataba de

poner un uno y cien ceros por detrás, imaginen una potenciación de 1 a la 100. Esa mujer nos trataba como tarados. Volvía a repetir: un uno que llevara cien ceros por detrás. Hasta podías cambiar el sexo y la edad de quién te daba las respuestas en voz alta. ¡Y no quisiera saber cuántas cosas más se podían hacer!

Google había nacido para cosas grandes, para números grandes. El gran respondedor. Por día buscaban más 3 billones de respuestas. Al final de una pregunta, estaba la posibilidad de obtener esas respuestas para actuar, para comprar, para saber. Las respuestas centralizadas. Si estás ahí existís, tenés visibilidad sino... buscá la manera de posicionarte. Si el cogito cartesiano hace cuatrocientos años era: "Pienso luego existo", hoy sería si estoy en google soy luego existo. Los estudiantes se la pasaban buscando y copiando las respuestas en este buscador y los docentes también buscábamos verificar que las respuestas no hubieran sido copiadas de alguna página de este buscador.

Mi hijo sabía que siempre puteaba contra esos usos y condiciones que no llegamos a firmar pero si a aceptar porque de lo que se trataba era de nuestro acuerdo para el nacimiento de un nuevo planeta y de un nuevo ser que lo habita. Y que hacía meses y meses que intentaba nombrar a esa ser que ya estaba entre nosotros. En el "retrasado" siglo XXI, en este 2020.

Y en el mismo centro, en su corazón, si lo tuviera, ¡el algoritmo! Aquí, si aquí yo estallaba, loco, loco de remate. El corazón de esta cyber empresa la imaginamos como una inmensa computadora pero hoy con la nanotecnología y las redes ni siquiera es una super computadora sino una metodología de ponderación, sectorización, tráfico de datos, la famosa Big Data. ¿Cómo hace una metodología para seleccionar, sectorizar y responder a millones de datos a partir de microdatos y pasar de niveles de la

vida cotidiana de cada individuo a niveles de sectorización de millones de personas y volver en fracción de segundos a encontrar antes de que lo busques lo que vas a necesitar?

¿Qué hay atrás del algoritmo? Una posición sostiene que el algoritmo no tiene ideología, solo hace convergencia y recurrencia de datos, una ponderación “inteligente” bajo el reinado las viralizaciones de la gente quienes, en definitiva, con su tráfico deciden el lugar que ocuparán. Otra posición sostiene que como existen emporios de medios de comunicación, el tráfico no es libre, independiente, autónomo y que esa hegemonía sumada a la de los influencers, los trolls y los particulares que pagan por mejorar sus tráficos en las redes vuelven esta herramienta sesgada en su búsqueda y sobre todo en sus posibilidades de encuentro. Hoy es necesario saber buscar entre la “basura” que se halla a primeras búsquedas. Esta posición no ingenua de la “sensibilidad” del algoritmo a medios hegemónicos de comunicación, a los influencers, a los trolls, a los que pagan sus avisos deja a la población expuesta. Si alguien te calumnia y decide gastar plata tendrá cómo hacerlo fácilmente. Una tercera posición sostiene que no es simplemente una empresa que desea mejorar sus dividendos sino un aparato cultural ideológico de dominación geopolítica. Lo que llaman derecho de información es una manera de privilegiar una forma de ser bajo la ideología de la potencia norteamericana. Para mostrar su veracidad nada mejor que escucharlo al mismo presidente norteamericano Trump quién ha acusado a redes sociales “enemigas” de la posibilidad de atentar a la seguridad nacional y a la de las personas, mostrando en forma clara que las redes sociales y sobre todo el corazón del gran “respondedor” realiza tareas de inteligencia “descartando” toda actividad contraria a los intereses norteamericanos. La libertad de expresión y su concepto lindero del derecho a la información que se realiza muchas veces sin cotejar

fuentes ni veracidad, plantea que el algoritmo no sustituye el lugar de la ideología sino que es su culminación.

Sin ningún punto y aparte, siento que me ahogo, me siento subido a la mesa del docente, no por ánimo transgresor ni elocuencia de orador sino porque llevo muchos minutos sin respirar y empiezo a levitar por falta de oxígeno en sangre.

Cuando ponés la cuenta gratis en el nuevo celular estás entregando tu responsabilidad al algoritmo para que defina lo que es visible y si le llegás a pedir cuentas, se escudarán sosteniendo que son el reflejo de lo que la mayoría piensa. El algoritmo funciona por “famación o difamación”.

¡Cómo me gusta inventar palabras! Tengo poca memoria para recordar las caras de los estudiantes y las palabras dichas, entonces me las ingenio para crear palabras que no existen: famación y difamación. Interesante el concepto, ¿no? Me agrando mientras hablo y eso también es levitar, una logorrea enorme embriagada de narcisismo. ¿Por qué nadie me enseñó a respirar mientras que hablo? ¿Por qué nadie me enseñó a limitar mi yo? Para mí era hablar o respirar, las dos cosas nunca.

Cuando mi hijo dijo guggul sabía que iba a llenar de bronca. Quizás también estaba un poco preocupado por la clase que tenía que dar. No empezaba bien el día, evidentemente no era un buen día, no había dormido bien y tenía que empezar a las diez.

* * *

Mal dormido, sensación de ahogo y mala conectividad, la peor conjunción que se podía tener antes de dar una clase.

Educación a distancia es una manera graciosa de decir que cada dos por tres se desconecta el zoom y al rato volvemos como si nada pidiendo disculpas y continuando el tema del día, la conexión es de baja calidad y encima avisa ¡te estás quedando congelado con esa cara imposible de describir!

Nadie sabe cuándo vamos a volver al mítico espacio áulico. ¡Tantas veces había perdido contra la maldita conectividad y contra el pedido de que los estudiantes pusieran la camarita! Era feo ver sus celdas en la videoconferencia sólo con un nombre, me desconcentro preguntándome qué estarían haciendo. Dar clase es, por momentos, entrar a un trance, ¡era difícil de esta manera! No había estudiado para actor, ¡mentira! cuando estaba en quinto año comencé mis estudios con diferentes directores de teatro, también comenzó mi novia de aquel entonces, que me dejó por un compañero de curso, entonces dejé teatro, no hubiera sabido bien qué decirle por lo destrozado que estaba. En teatro, ¡hubiera podido aprender a hablar y respirar al mismo tiempo!

Y ahora volver a ser actor, de repente te vas del zoom y volvés como si nada, hablando y hablando, ellos y ellas siguen con las camaritas apagadas y un sonido estridente de algún micrófono te despierta como un sonámbulo sin saber cómo llegaste hasta ahí.

Eso es dar clase, viendo quienes tienen la camarita prendida y con las palabras fluyendo sin control hacia los temas planificados, con ese ahogo que anticipa lo peor. ¡Qué gran mentira eso del plan de clase! ¡Qué gran mentira eso de que el planeta tiene un destino racional! La docencia era una aventura de reencontrarse después de un rato con el sentido de haberse perdido durante un tiempo que no se puede medir. ¿Y si éste fuera un tiempo que la humanidad se hubiera extraviado? Y volver al tema, había que volver a lo planificado.

Pero las camaritas apagadas me obsesionaban, no me dejaban apasionarme, levantar vuelo no era levitar, añoro el espacio de intimidad que sólo se logra estando ahí, llegar a las altas cumbres es estar ahí, nadie puede contarlo, la presencia en una clase tiene ese rara atmósfera de estar viviéndolo. Hablo y levito, ellos no están aquí, no puedo dejar de hablar sin tocar el piso, peligroso, ya por un tiempo inmemorial, hacía poco o mucho que había comenzado la clase, seguro que apenas pasaron unos minutos, un par de horas en tu mirada que no está aquí. Si hubieras tenido la camarita prendida, te hubieras dado cuenta, se hubieran dado cuenta de lo que le pasaba al docente.

Quien da clases sabe que siempre le dedica esas palabras a un estudiante que lo está escuchando, a alguien que lo mira de una manera especial, le guiña involuntario un ojo, se ríe de sus ocurrencias, ¡Qué cara puso en ese momento! Ahora el docente estaba peor, hubiera sido mejor estar en la presencialidad, seguramente se hubieran dado cuenta, alguien lo hubiera socorrido.

Nadie duda de que en estas condiciones los resultados de la educación a distancia son excelentes, sólo tenés que dar más pero para quién levita, no sabe hablar y respirar al mismo tiempo, un acantilado se abre. La caída, no pide ayuda, decir que no se siente bien hubiera solucionado, solo en su cuarto de docente, la cámara se apagará en algún momento y dejara de hablar, ellos y ellas y ellos pensarán que sólo se ha desconectado.

PASO A DISTANCIA

Aquí sólo ventanas abiertas

Una paciente que nunca tuve, que no me derivaron sino que un amigo me pregunta qué hacer con la novia del hermano. Me refiere una historia de ataques de pánico, de si un psiquiatra, me hablan de eso que yo no soy.

Le digo que le puedo recomendar una psiquiatra pero que me cuente un poco y que mejor que me cuenta ella porque ataques de pánico hoy tenemos casi todos, subimos y bajamos en estas épocas de pandemias, contagiados, fallecidos pero todos temerosos hoy, confiados mañana, temerosos pasado de pasado y así en un calesita incierta que se parece mucho a una montaña rusa siniestra.

Ella primero me escribe que lo peor es a la noche, que tiene una ansiedad que no da más, que cuando va a poner la cabeza en la almohada... le digo que me llame, al instante suena el celular. Mi primer error. Estaba esperando en una larga cola en Easy para pagar una tapa de inodoro y cómo tenía tiempo, decido hablar con ella, me predispongo a escucharla, me quito el tapabocas, no me lo quito del todo porque sé que en cualquier momento me llama el guardia la atención: no se puede estar sin tapabocas. Ellos vigilan la distancia, toman la temperatura a la entrada. ¿Por qué la he atendido? Ni bien nos presentamos ya me he arrepentido de intentar llenar ese tiempo de espera con una posible ayuda a alguien sufriente.

Realizar varias acciones, hacer varias cosas al mismo tiempo no es una tarea fácil pero sí algo que yo estoy acostumbrado desde, por lo menos, veinticinco años. Y ¿por qué estoy tan seguro de semejante fecha? Porque en este mes de agosto cumple años el Windows 95 y porque hace también esa misma cantidad de años una película recién estrenada en Argentina me resultó inolvidable. Se trataba de una comedia llamada “El día de la marmota”.

Acerca de lo primero, he escrito cartas de amor al Windows 95, a quienes les parezca ridículo es porque no conocieron lo que había antes.

“Todavía sufro por el miedo de que repentinamente te apagues, el recuerdo todavía me angustia. Pero cuando llegaste, nuestra vida nunca volvería a ser cómo había sido. Sé que sólo sos un sistema operativo pero nos has cambiado igual que algunas decisiones que hemos tomado en la vida. No me entusiasma conmemorar el logro de una empresa que te ideó bastante amigable pero sí ¡basta! de ese aura metafísica y de especialistas, ahora está servido a la mesa de la mayoría y lo podemos utilizar. Y no se trata de mesas sino de ventanas, que buen nombre anglófono, Windows, muchas ventanas al mismo tiempo, en las pestañas de la vida, en la mirada de nuevas posibilidades”.

Recuerdo que ésa fue una de las tantas poesías que le dediqué. Sabía que nos llevaría la vida aprender todas las funciones pero esas miles de posibilidades eran nada en comparación a los beneficios que nos entregaba, se guardaba automáticamente, podías abrir muchas ventanas al mismo tiempo y ponerles nombre largo, el que quisieras, abrir y cerrar, hacer muchas cosas al mismo tiempo, con todas las ventanas abiertas.

Antes era otra cosa, debías saber claves para manejar la compu, y te guardaba los textos con las primeras letras, suponiendo que en esas pocas letras estaría la esencia de la cosa, como sostenía Aristóteles, ¿cuál es la esencia de la cosa para que esa cosa sea eso y no otra cosa? La esencia del Windows 95 era la amigabilidad. Lo anterior era angustia, había que guardar rápido porque la compu se colgaba, sí, se apagaba y todo lo que habías escrito en horas y horas de desasosiego se perdía inexorablemente. Lo mejor que he escrito fue en esas épocas en las que no quedó nada.

Escucho a la paciente que nunca tuve, haciendo la cola para pronto pagar, escondiéndome de los guardias que vigilan y con el tapabocas a medio bajar, me cuenta:

“Me pasa que mi hermana ha fallecido de covid, fue de repente”, que sí, tenía enfermedades preexistentes. No, sólo gordura. Lo que no entiendo: era enfermera, y no por el contagio sino ¿por qué no fue antes a la guardia, al hospital? ¿Por qué no fue antes a internarse? Cuando llegó ya le costaba mucho respirar y ya fue tarde. Tarde significa: imposible estar con ella en su muerte. Fue así: ella estaba, ella no estaba, ella estaba, ella no estaba, en pocos días, todo muy rápido, a los días me entregan una bolsita que tenía sus restos luego de la cremación. Ella estaba, ella no estaba, ella no estaba. Todo rápido, en días. Hoy es obligatoria la cremación, quieras o no, es el protocolo y aquí está todavía, en una bolsa que nos entregaron, no sabemos qué hacer.

Se va acercando mi turno para pagar pero la paciente que nunca tuve, se ha largado a hablar, sigue contando que la madre tiene cáncer en el hígado que ella la cuida y que no puede salir a ver a nadie pero el problema está a la noche, tiene un enorme miedo de morir.

No sé qué decirle, a pesar de que hace veinticinco años puedo abrir ventanas simultáneas, decidir para dónde ir, de que mi rutina es poder estar en varios lugares al mismo tiempo, de que trato a personas hace tanto tiempo, no me siento bien con lo que escucho, no me esperaba semejante tragedia. Me cuenta que hace un tiempo un neurólogo, no entendí bien para qué lo fue a ver, le había recetado clonacepam, creo que sabía bastante de medicación, porque le digo: “aja”, validando que ella sabía que yo sabía que ella sabía que yo sabía que ella sabía, esos pequeños saltos al infinito que no se entienden cómo se producen... me animo y la interrumpo, que ahora no podía seguir hablando, que en un rato la volvía a llamar.

¡Qué mal me sentí por haberme quitado el tapabocas en un espacio público! ¡Ahora seguro a la noche me despierto a las cuatro de la mañana con un poco de temperatura, dolor de garganta y un miedo tremendo a lo que tendré! Pienso en la paciente que nunca tuve: ¡Yo estaría hecho mierda si me hubiera pasado lo que me estaba contando! Mi hermana está, mi hermana no está, mi hermana está allí, en esa bolsita y no sé qué hacer.

¿Por qué le habrá dado el neurólogo una receta para comprar clonacepam? No recuerdo si se lo pregunté cuando la volví a llamar unos minutos después. Creo que estuve un poco marmota. ¡Qué buen epíteto! ¡No seas marmota! ¡Qué difícil definir qué es una marmota! Era una puteada que se usaba hace más de veinticinco años. Creo que se le dice a alguien que la deja pasar, que se durmió. Le habían dado una receta para comprar clonacepan y yo no comprendí hasta que fue tarde. ¡No podría dormir bien esa noche!

En la llamada posterior, unos minutos después, estoy manejando por la panamericana, me encanta hablar por celular

mientras manejo. No debería ser tan franco pero sé que lo que estoy diciendo no asusta a nadie. Le digo que entiendo su malestar, le hago mención al duelo y a la dificultad de hoy, de lo que está viviendo, que debería hablar con un profesional psi, ahora es ella la que está apurada y me dice que quiere hablar con una psiquiatra para saber si está bien que empiece a tomar el Clonazepam. Ahí viene segundo error por el cual, ¡marmota! Nunca se dice marmota cuando se trata de alguien que se durmió una vez sino a quién vive dejándola pasar, que no se da cuenta, ni la ve. Marmota es la reiteración de un estado de hibernación mental.

Le ofrezco el celular de una psiquiatra y le hago mención de que la medicación que me mencionaba era la más suave que podía tomar. Quería demostrarle que sabía de lo que hablaba, buscaba una rara aprobación para que le llegara a mi amigo...

A la semana, me deja un mensaje de voz agradeciendo los contactos, que le recordara que lo mejor que podría hacer era comenzar un tratamiento, y que lo haría cuando pudiera salir y que finalmente pudo hacer pasar esa vieja receta del neurólogo y que comenzó a tomar medio a la noche y un cuarto al mediodía, sabía mucho de plan de medicación, sólo necesitaba a un profesional que la habilitara para hacer lo que quisiera, o mejor dicho lo que sabía que iba a hacer.

¡Un marmota! Al llamarla, a ella no le importaba que fuera o no psiquiatra sino que la habilitara a que tomara la medicación que ya tenía decidida pero que ante los otros debía ser validada por un especialista. Al decirle que era suave, que no le haría mal y escucharla sin advertirle como hubiera hecho el guardia de Easy por mi pequeña transgresión que podría costarme estar, no estar, estar aquí.

* * *

“El día la marmota” tiene como protagonista a un periodista que realiza por televisión una performance divertida acerca del pronóstico meteorológico, es como muchos de nosotros un egocéntrico egoísta muy susceptible a no perder el tiempo. Lo mandan a una ciudad insignificante para realizar una nota sobre una tradición, un arcaico ritual en que dejan año a año salir de una jaula a una marmota, la despiertan de su hibernación para ver hacia dónde mira y qué mira, y esa mirada profetizará cuánto durará el invierno, cuán frío y cuán largo será.

Phil, el periodista habla desdeñoso a cámara, quiere volver rápido a su ciudad y a su rutina pero acontece lo imposible, el tiempo ha desaparecido o mejor dicho, se ha dormido, siempre vuelve al mismo día. Y peor, el único que tiene memoria es él, cadena perpetua, cada día comienza a las seis, con la misma musiquita y en el mismo lugar sin importar lo que había hecho el día anterior, el día es el mismo, nadie tiene conciencia de la grieta temporal en el que vivía. Él, el único, el que tenía memoria, él mismo, el colmo del egotismo, todo era él, los demás habían quedado detenidos en el 2 de febrero, en el día de la marmota, una hibernación infinita. Si no está lo social, sin el tiempo, si no hay consecuencias, Phil pronto descubre que puede robar, suicidarse, enamorar a la mujer más linda y que mañana volverá a despertarse en el mismo lugar a la misma hora sin que haya rastros del día anterior. ¿Es el eterno retorno de Nietzsche? ¿Es la noción de infinito de Cantor?

¿Es que la marmota lo ha mirado a él, y le profetizó la hibernación eterna? Un día que será igual al otro, decide robarla, ¡a la marmota!, qué animal extraño, una ardilla gorda dicen algunos, un animal sociable temeroso y chillón dicen otros, y decide escaparse con el animal ante la mirada del pueblo preocupado por sus

tradiciones y ante la sorpresa de todos, tirarse al barranco delante de las cámaras que graban cuando cae y cuando su auto explota.

No hay ni siquiera acto consumado de suicidio logrado en el tiempo infinito de la marmota. A pesar de que su cuerpo, achatado por la caída y quemado instantáneamente por la explosión, pulverizado por el fuego no sería hallado sino en las irreconocibles cenizas, a las seis se levanta como cualquier otro día con el recuerdo de que ha atravesado un límite.

La película es una comedia aunque no deja de plantear cuestiones de una profundidad filosófica, nos permite hablar si supiéramos de Nietzsche, de Kierkegaard, de Borges, de Marechal y del tiempo. Sobre todo del tiempo. Por eso es una película vieja, es una película que habla de una problemática anterior al Windows 95.

El tipo había perdido el tiempo. Si Kant ubicó por el 1800 las dos formas puras trascendentales: el tiempo y el espacio; el tipo había perdido el tiempo, en el tiempo infinito de ese pueblo que detestaba.

Alguno, alguna, algune podría haber hecho la relación al presente continuo y que en ese presente no quedaría nunca marca, no hay recuerdo sino un temor al despertarse y reconocer que ese día pasado era el mismo que el día presente. El almanaque se había dormido, el disco del tiempo se había rayado.

Quizás muchos no recuerden, porque es pre 95, al viejo tocadisco y la maldita rayadura que hacía que la púa no avanzará y la música se quedará siempre dando vuelta sobre lo mismo, eterno, lo mismo, un tipo de enloquecimiento. No tener mañana es una forma de locura, la meteorología había perdido el tiempo, y en

ese sólo retorno del ahora sin consecuencias estaba el dilema del ser humano pre 95. Si no hay consecuencias no hay responsabilidad, si no hay responsabilidad no hay acto.

Nada deja marcas, Phil se queja cuando logra tener una noche soñada con una mujer, de que no quedará marca de su formidable conquista. ¿Para que el amor si mañana no quedará recuerdo? ¿Para qué la libertad, la responsabilidad, la justicia social, la realización personal, el arte? Es mejor ir al grano, y ser un abusador, dar besos en la calle sin preguntar, o tirarse de los barrancos, total, a lo sumo dirán que se ha vuelto loco.

* * *

Esa comedia se volvió siniestra, me comencé a despertar por semanas y semanas a las cuatro de la mañana, con una necesidad insoportable de hacer pis y de escribir las páginas más bellas, presuroso de no dejar pasar algo que gracias al windows 95 duraría.

Mi horario del eterno retorno son las cuatro de la mañana, entre la paciente que nunca será paciente porque ha resuelto todo con la toma de un ansiolíticos y el meteorólogo que no tiene consecuencias salvó que cada día es el mismo salvo él mismo, el tiempo infinito.

El hombre que escribe, que no podía dejar de escribir descubre por fin la gran verdad que se le había escondido por décadas. Si el tiempo había estallado pre 95, luego de esa fecha había estallado el lugar.

La película se estrenó en la Argentina en 1995, el mismo año

que la empresa Microsoft saco ese sistema operativo que revolucionó para siempre la relación entre los seres humanos, época en que cambio nuestra época. Hace 25 años, se cumplieron justo este veinte veinte en que comienza el siglo XXI.

Windows fue el nombre perfecto, era una aplicación que aparentemente permitía sencillez pero sobre todo era de una impresionante endiablada espesura filosófica. ¡Ya el problema había dejado de ser el tiempo! No se trataba del tiempo sino del espacio. Se podía estar en tantos lugares, con tantas ventanas abiertas al mismo tiempo que estallaba la noción de lugar. No había más aquí. Las múltiples ventanas representadas por las múltiples pantallas eran la posibilidad de estar en muchos lugares al mismo tiempo.

Por eso la película nos causaba extrañeza. Nos hablaba de otro tiempo, del tiempo sartreano de la responsabilidad, de la posibilidad del acto libre y del desencadenamiento psicótico cuando algo de la verdad del sujeto se nos metía por la ventana. Ahora el nuevo enloquecimiento no vendría con esa falta de decisión, de responsabilidad, de acto, no vendría por ahí. Se trataba de que al no haber lugar, no hay cuerpo y que nos convertimos en espectadores de las múltiples pantallas.

La paciente que nunca será paciente me aterra, me angustia haber abierto la ventana de sus tragedias, ella lo vive distinto, sólo aparecen descalabros en su cuerpo y no en el de la hermana que no va al hospital a pesar de ser enfermera, ¡no cree el lugar que sostiene ni de lo que trabaja! Al igual que yo como psicólogo no le doy lugar a la palabra, al decirle que la medicación era suave, respondo a la demanda de escuchar desde un lugar profesional la validación, algo que no está del todo mal, que es suave en estas épocas agrias.

Las múltiples ventanas, en las múltiples pantallas, siempre abiertas, siempre esperándote, nos han desmembrado, nos han estallado las dos formas puras de la sensibilidad kantianas: el tiempo pre 95 y el espacio pos 95. Ubicar cómo pasó solo nos da la tranquilidad de saber cómo murió.

Hoy en el siglo XXI, en este 2020, el problema es justamente el no lugar. No hay aquí. Todos los cuerpos se quedaron en un allí. Doy clase en videoconferencia y mis estudiantes no están aquí, están allí. He atendido pacientes que tenían sus novios en otros continentes y seguían las relaciones por compu, dormían con el on line siempre prendido, escuchaban los ronquidos y cuando el primero que se levantaba le preguntaba al otro como había dormido.

El lugar es allí, el Windows es la simultaneidad de allís, y ahora no queda otra por la contagiosidad de los virus que no nos dejan de perseguir, no hay lugar, no hay cuerpo, no hay despedida de los cuerpos, sólo nos entregan las cenizas, lo que queda, sin nosotros. Si la locura del sin tiempo era la psicosis y la no responsabilidad del acto, hoy la locura es la falta de cuerpo.

Me miran en la fila sin el barbijo y les gustaría sacarme de la fila, estoy sin lugar, el lugar no es aquí, es allí. Escucho su tragedia, miro por las ventanas, siempre múltiples, siempre en varias, cada una es una copia, un moderno drama, una tragedia sin poesía, le falta la lírica de las palabras dichas, sólo una enorme estridencia de personas que chocan sin cuerpos, todas en diferentes dimensiones del allí que no es aquí.

* * *

He llegado a mis 5000 amigos permitidos por Facebook y ahora debo pasar a la página de los fans, debo pasar de los amigos, a los fans y si me fuera bien pasaría a la página de los influencers. Significa ese pasaje un mayor grado de allí, mi cuerpo se diluye, las ventanas se vuelven exponenciales.

Una ventana es una pero dos ventanas no son dos sino muchas más que dos y así sucesivamente y al final vivimos no solo mirando para afuera, tomados por lo que el otro hace y espera de nosotros, en el imperio del like que permitirá pasar de amigos, a fans, a influencers. Muchos likes alejan mi cuerpo aún más de vos. Si tengo página de fans no necesito contestarte sino simplemente contarte. Contarte cómo número, contarte que es lo que hago y sobretodo que es lo que hice para llegar acá. Y no me alcanzará el tiempo de vida para estar allí, entonces prefiero vivir a lo Truman Show, haciendo un streaming permanente, me despierto y prendo la cámara y le hablo mirando por las windows a alguien que mira y si alguien me manda un corazón, un like, un soplido de vida del otro lado, vivo sabiendo que estoy allí en ser, no busco vivir en el mundo, porque ya ha explotado, sólo vivo en el planeta, en el que nadie me podrá tocar, el mundo ha dejado de ser el de la responsabilidad, del acto, de la libertad. Sartre ha pasado de moda, el Windows lo ha mandado a la cremación, hoy está en esta bolsita que te entregan con los restos de tu genealogía.

PASO A DISTANCIA

La preparación de clase

I. Levantándose

Día jueves, hoy 9 40 am: el docente siente que está levantado hace horas, hojea el diario en el celular. ¡Dentro de un rato comienza la clase! Tres noticias le llaman la atención al docente y digo docente porque alguien no es sólo una función en la vida pero los días jueves frente al próximo tema de práctico me iba convirtiendo, transformando en esa terceridad, tercera persona del singular que debía prepara la clase, esa transformación siempre la notaba en el vientre sensible y hoy estaba más que nunca, era el día que estaría frente a uno de los temas centrales de la ética, nuevamente Antígona se presentaría e intentaría con sus frágiles manos enterrar con una fina de capa de tierra al cuerpo insepulto de su hermano. El docente intentaría hacer comprender la cuestión del acto ético.

Tres noticias que mantenían una secuencia que quizás otro día, se le hubiera pasado por encima con los comentarios “así está el mundo”, “mejor me levanto antes de que”. La primera noticia era que se había reconocido el cuerpo de Facundo Astudillo Castro quién estuvo desaparecido desde el 30 de abril hasta el 15 de agosto, en que apareció un esqueleto (y era esqueleto porque había aparecido sin los brazos, demasiado truculento para un despertar sereno) en un cangrejal de Villarino Viejo cerca de Bahía Blanca y que, luego de la intervención de la fiscalía y del equipo argentino de antropología forense fue reconocido hoy como perteneciente a Facundo.

El docente debería aclarar que venía “bien” el cuerpo insepulto de Facundo para el tema Antígona, la obra dramaturgica del siglo V a.c. porque no se trataba de ver temas de la Antigüedad sino de cómo estos temas reaparecían en la actualidad, y cómo en esa obra se ponía en primer término la tragedia que produce en lo social la cuestión de los cuerpos insepultos, y aprovecharía ahí para agregar que constituía la obra más versionada de la historia y el texto paradigmático para hablar de las cuestiones ligadas a la ética.

Y para los estudiantes de veinte tantos años el docente remarcaría esto del equipo argentino de antropología forense aclarando que había tenido mucha trascendencia porque a partir de lo que se conoció como el índice de abuelidad que permitió con un 99, 99% de certeza comprobar la relación entre un nieto y una abuela por el adn mitocondrial, permitió la restitución de nietos y nietas apropiados en el plan sistemático del terrorismo de estado. ¡Por fin se encontraban los cuerpos luego de la tragedia! Esa prueba de compatibilidad cambió en forma absoluta lo que fue la búsqueda de las madres y las abuelas de sus nietos apropiados durante la dictadura cívico militar, Durante unos años, en los que se había cerrado la posibilidad de juicio y castigo a los genocidas por las leyes de punto final y obediencia debida, esta metodología permitió seguir juzgándolos porque la apropiación de niños es un delito de lesa humanidad. Imprescriptible es el significante de la condición ética humana, lo que no tiene final porque nadie puede fechar su comienzo que se remonta a un imperativo que nadie prescribió pero que muchos han querido destruir la dignidad humana, la ética se realiza, no es una sustancia que se tenga y se administra. Un ser humano puede robar y lo convierte en ladrón, pasado una cantidad de años ese delito deja de ser juzgable por la justicia humana, un ser humano puede robar un niño o niña y esa acción no se extingue

por la justicia humana (ni por la justicia de lo que está escrito desde los tiempos inmemoriales).

La madre de Facundo llamada Cristina dijo: “Vengo a llevarme a mi hijo en un cajón”, sabiendo que está ahí, que la están escuchando levanta la voz y exige: “verdad, memoria y justicia” acusando a integrantes de la policía de la provincia de Buenos Aires, no sólo haberlo matado sino también de haber intentado hacer desaparecer el cuerpo como en el peor escenario de la última dictadura cívico militar. Otra vez la madre, como las madres y abuelas de Plaza de Mayo, levantando la voz ética: un cuerpo no puede ser hecho desaparecer, que un hijo o hija no puede ser robado para apropiárselo o para abusarlo hasta la muerte.

* * *

La otra noticia que estaba a continuación era la toma de tierras en Guernica por 500 familias. Guernica un nombre también que nos remite al bombardeo de una ciudad por las tropas fascistas que anticipaba el conflicto de la segunda guerra mundial, ese cuadro picassiano que ya no nos podemos sacar de las retinas donde madres, hombres, niñas, caballos son destripados por las bombas que caen demostrando que el cubismo no era sólo un movimiento de fragmentación del plano sino de los cuerpos que se “desorganizan” frente al poder descomunal de miles de bombas que caen como lluvia sobre la tierra.

Guernica queda a 37 kms de la ciudad de Buenos Aires, en el partido de Presidente Perón, cada carpa, cada tienda, cada lona, nunca sabremos bien como llamar a esas unidades habitacionales provisorias, ubicadas a una distancia prudencial una

de otras en tiempos de pandemia y de aislamiento obligatorio, en esas pequeñas carpas donde duermen, comen e intentan tener un lugar esas familias, intentan que sus cuerpos tengan un lugar para vivir. Más allá de la metodología acerca de “sí o no” la toma, de si hay otras maneras (de una sociedad que ubica el derecho a la propiedad privada como centro de sus derechos pero que se contraponen a otros derechos como sería el derecho a una vivienda digna), el tema es los cuerpos, esos cuerpos que no tienen dónde alojarse. El tema es la pobreza, el aumento por momentos abruptos como en los gobiernos de derecha, en otros paulatinos, en otros con mejorías pero en un contexto general de la Argentina de empobrecimiento generalizado.

La tercer noticia era una crónica de una periodista, que tanto respetamos, queremos y con la cual nos hemos divertido desde hace décadas, Elizabeth Vernaci contando al aire cómo había sido la muerte por Covid de su padre. Ella refería que no se trataba sólo de su muerte por Covid pues el padre estaba mal desde hacía mucho tiempo sino las alternativas del morir solo y de que los deudos se reencuentren después de varios meses sin verlo, sin poderlo acompañar en sus últimos días en esta vida, se reencuentran con los restos cremados. Protocolos que nadie sabe si deben ser así, se los llevan a cremar y los familiares después de varios días de sin verlo o verla, les acercan las cenizas intentando ahora sí realizar algún rito funerario pero con la conciencia de haber atravesado una experiencia de extrema angustia y cruel inhumanidad.

Esto está en discusión hoy, se intenta que pueda entrar un familiar para acompañarles en sus últimos momentos o en sus últimos días pero su implementación es muy compleja porque las unidades intensivas están colapsadas y sobre todo los y las

médicos que están al tope y más de sus posibilidades que no pueden además ocuparse de vestir convenientemente a los familiares para que además el contagio no se multiplique.

El buen morir colisiona contra un tiempo desgraciado y apurado por una peste que no da tregua y que tiene picos y descensos pero que nos amenaza hasta que una vacuna nos vuelva a inmunizar como en tantas otras épocas de la historia. El familiar se vuelve un cuerpo que se contabiliza en relación a las estadísticas y a las organizaciones y posibilidades del sistema médico.

Elizabeth marca lo tremendo de no poder hacer llegar una palabra al familiar que está en una situación final, muchas veces desde hace semanas entubado sin poder tener participación en la lucha que está librando su cuerpo más allá de su conciencia. Y también remarca el tremendo esfuerzo del personal médico, de los empleados de los hospitales, de los enfermeros. Un momento en que esos trabajadores vuelven a sus casas y temen contagiar a quienes viven con ellos.

Los protocolos de que alguien que muere debe ser cremado directamente, no es un protocolo sino “usos y costumbres extraordinarios” que tuvo que ver con que las casas funerarias estaban cerradas, los cementerios estaban cerrados y que algo había que hacer rápidamente con el cuerpo. La cremación además contaba con la vieja rememoración de las pestes antiguas donde el cuerpo fallecido todavía podía contagiar virus vivos en una suculenta imaginaria sin sustento científico aunque el cierre en un cajón sellado podría dar por concluido esa posibilidad. En épocas de pestes, la gente pide protocolos, nunca escuchamos tanto esta palabra como ahora, los protocolos son una forma de actuación que debe cumplirse, tiene prerrogativas que condensan el pensamiento de quienes deben decidir cómo

se hacen las buenas prácticas. Pero muchas veces se suponen protocolos que no existen.

* * *

Tres situaciones disímiles que vienen a nuestro encuentro en un día como cualquier otro en esta época donde la cuestión gira alrededor del quehacer con los cuerpos. El docente mira a sus estudiantes, lo que puede ver de ellos encerrados cada cual en su celda de la videoconferencia del zoom de la fecha, y reafirma que esas tres noticias las leyó recién, hace un rato, antes de dar esta clase.

Los cuerpos del terrorismo de estado, los cuerpos de los pobres de toda pobreza como sostiene el poeta Vicente Zito Lema, los cuerpos desalojados de una vivienda digna, y los cuerpos que merecen una despedida en el acompañamiento durante el momento más difícil de la vida, los ritos funerarios de la familia y de la comunidad.

Y antes de prender el zoom, el docente camina por la ciudad, distraído, rápido pensando qué va a decir, atraviesa no sé si muchas calles pero si muchas personas que duermen allí, los llamados por el Indec indigentes, las personas en situación de calle, esos cuerpos que resisten el crudo y escarchado amanecer bajo colchas, diarios y cartones. Hoy hizo frío, ayer hizo frío, ustedes sienten frío, el docente se cierra aún más la campera frente a la ventisca gélida de la mañana. Tiene que hablar de la tragedia de Antígona, la obra donde el centro del conflicto es el cuerpo, un cuerpo insepulto, un cuerpo que es dejado a la intemperie para que las aves carroñeras lo hagan trizas, un cuerpo que es testimonio de la crueldad de un rey que no permite a sus

familiares una despedida en una sepultura, el atravesamiento de un duelo humano posible.

No somos perros que se nos puede dejar tirados en calle, aguantando el frío, muriendo solos, no teniendo alguien que tome ese cuerpo en sus manos, no es sólo carne, sin que tome ese cuerpo para darle esa amorosidad humana que nos destaca sobre los animales para convertirnos en seres humanos, mucho antes esos lazos libidinales que nuestro lenguaje y nuestra razonamiento lógico matemático. Ernst Fisher sostuvo que la mano fue el principal instrumento de la cultura, la mano que vela por el otro, la mano que abriga, la mano que acompaña cuando alguien tiene que pasar aquellos trances donde no hay vuelta atrás.

En épocas de pandemia, el cuidarte es cuidarme, no es una prerrogativa del estado que sólo quiere aterrorizar a los ciudadanos, hasta ahora el docente había pensado en el estado planetario apelaba al terror, cifras de muertos, testimonios de padecimientos pero ahora lo veía con una nueva perspectiva, una apelación al cuidado de sí que en estas épocas se relacionan con la pregunta acerca de lo que hacemos con los cuerpos. Los cuerpos ya lo sostuvo Foucault eran el principal resorte de la biopolítica y cuando los cuerpos son maniatados, expulsados a la intemperie, dejados solos en sus momentos finales, la sociedad, lo que nos constituye en tanto lazos afectivos y libidinales con los otros, nos devuelve una mirada aún más aterrorizante que la pandemia que podría generar lazos de solidaridad y compañerismo en el momento en que todos estamos pasando una época llena de incertidumbres.

* * *

Antígona, es la tragedia del cuerpo insepulto, en el centro de la obra un cuerpo que es dejado ahí para que lo coman las aves carroñeras y para dar un señal política de que no hay contemplación contra los enemigos de Tebas. La obra comienza con ese cuerpo, en realidad no se podría saber cómo comienza la obra por eso las versiones son tantas y cada nuevo escritor, artista imagina la propia. Ese cuerpo es también el cuerpo de Edipo que camina sin rumbo fuera de toda visión de otros acompañada por sus dos hijas que lo conducen por las afueras de lo conocido. (Nadie podría imaginar del todo lo que acontece entre una hija y un padre y ni imaginar lo que pasa entre dos hijas y un padre que, a la postre, se llama Edipo y es Edipo. A muchas chicas les dicen que tienen Edipo con su padre, imaginen si su padre fuera Edipo. ¡Qué Edipo tenés con Edipo!).

En la primera escena, se encuentran las dos hermanas para hablar. Antígona dice “A”, la otra dice “Mira que A nos llevará a ser castigadas”, ya hemos tenido bastante desgracias. Antígona, seguiré, Ismene le dice antes de salir que al menos lo haga sotto-voce. Antígona vuelve sobre sus pasos, quiere que se sepa, lo va a decir a todos los vientos. Y eso hace, con sus manitas araña el polvo y entierra a su hermano con una fina capa y no la descubren y el guardia va a anunciar a Creonte que rojo de ira acusa al guardia de complot, y vuelve Antígona para alegría del guardia que va a entregarla al monarca con un “a ver ahora qué me decís”. Ella se entrega y cuando le preguntan si fue ella, y si sabía acerca de los edictos, ella dice que sí, que es conciente de sus actos y de las consecuencias de sus actos, ¿qué vas a hacer conmigo? Creonte piensa, no es lo que voy a hacer contigo sino con tu cuerpo. Lo llevaré a una cueva que será sellada para siempre. Decide matarla en vida, dar un tiempo entre su muerte simbólica y su muerte real dirá Lacan, dar un tiempo entre dos muertes.

Hacer desaparecer el cuerpo, hace aparecer la tragedia. La tragedia de Antígona es fundamental para repensar las cuestiones éticas que se entretienen con la desaparición y manipulación del cuerpo frente a la muerte y la denegación a la posibilidad de la constitución y atravesamiento del duelo por parte de los familiares. La no presencia del cuerpo y el no saber qué ha pasado tiene y ha tenido las mayores consecuencias para la Argentina, durante la década del setenta, cuando una feroz dictadura cívico-militar llevó a cabo un plan sistemático de desaparición de personas pero está problemática ética atraviesa los tiempos, reapareciendo, de una manera diferente, en distintas partes del mundo. Agamben nos advierte que las consecuencias del aislamiento, al llegar ahora a la inhibición del acompañamiento de los familiares en los velorios y entierros, producen una absoluta novedad. Dice que esto no ocurría en la civilización occidental desde Antígona. “Esa novedad es pues lamentable”.

¡Cómo encontramos la singularidad! El tema es esta tragedia planetaria, en esta pandemia que aterra a todos y todas, debemos reencontrar la singularidad en las luchas sociales, en contra de un sistema económico fagocitador de los oprimidos, alienante de la mayoría y utilitarista de sus recursos con una ideología totalitaria. Pero la salida está por la singularidad, que no significa que esté por el lado del sujeto, ni por el lado de alguna persona, la singularidad no es contraria a la lucha de género, ni a la lucha de clases ni a la lucha de los pueblos, la singularidad es el rescate de esa mano que finalmente produce la amorosidad de algo que se da sin buscar el rédito de una ganancia individual, esa amorosidad que da algo a alguien, sin saber lo que da ni a quién lo da, esa amorosidad que produce un acto ético.

Ese acto ético se da a ver, se publica en tanto genera pensamiento novedoso, implica el riesgo personal, y esto lo sostiene

Horacio González, un enorme intelectual argentino, si Antígona se hubiera detenido en la capa de tierra sobre el cuerpo de su hermano y hubiera quedado satisfecha, hoy no habría esa tragedia, ella vuelve y vuelve y vuelve, quiere hacerlo público porque se trata no solo de su hermano sino de la defensa frente al atropello, a la impudicia del autoritarismo asesino de grupos de poder, frente a los desconocidos protocolos como forma de actuar que nadie cuestiona pero nadie sabe quién formuló. Ese riesgo personal la lleva como sostiene González en última instancia al suicidio como acto de inmolación, “es lo que antepone Antígona a la Ley mala, a la ley abstracta”.

Antígona, una joven muchacha, lleva a cabo el acto del enterramiento del cuerpo de uno de sus hermanos apelando a la ética cuyo horizonte no puede ser sino como sostiene Michel Fariña quiebre y diferencia frente a los planos de la juridicidad y la moral sostenida por grupos humanos en un determinado tiempo histórico. Ella sostiene frente a Creonte, el monarca, que la ley de los dioses es diferente a la ley del hombre, y que si la ley humana está escrita en los usos y costumbres y/o en los tratados de juridicidad y/o en la ametralladora del dictador, las leyes de los dioses no tiene tiempo y no ha sido escrita por nadie, esto quiere decir que se actualiza día a día, constituyendo la condición ética del ser humano que, como sostiene Ignacio Lewkowicz, se abre a la paradoja, al infinito, a esa relación tan singular que tenemos con la problemática ética y la lucha por los derechos humanos.

Hay algo de la tragedia que la reencontramos en el fondo de la humanidad, algo allí detuvo el tiempo, algo allí, el docente quiere dar un espacio para preguntas pero repite la tragedia detiene el tiempo, no es que la ética no tenga temporalidad sino que la ética detuvo el tiempo por eso la tragedia de Antígona

se puede actualizar en el cuerpo insepulto de Facundo Castro Astudillo o en los cuerpos a la intemperie de quienes no tienen vivienda, o de quienes no tienen palabras que los acompañen a su tramo final, la de ellos y la de sus familiares.

II. El grito del “No puedo”

Pronto comenzará la clase, el docente está angustiado, recién escuchó el audio de una profesora de una facultad que falleció delante de sus estudiantes haciendo una videoconferencia. Le dio escalofríos pensar en la muerte, le llegó el video de sus últimos minutos azarosamente cuando le decían que dijera su dirección y mandarían una ambulancia y ella decía no puedo, sus últimas palabras.

Hay temas que no se pueden hablar ni escribir pero ¿por qué no se pueden hablar? A lo largo de estos años, ha hablado de tantas cosas, esa tendencia de acercarme a temas que generan revulsión, algunos catalogarían como morbosa. Ha intentado todo para camuflar esas inclinaciones pocos felices que lo acompañan desde pequeño, para hablar de eso ha cambiado de pronombre personal, del yo al él, de sexo, de nombre, ha alejado tanto la problemática hasta que no se distinguiría. No sabía más que hacer, nada alcanzaba. Era tiempo de aceptarlo.

Siempre esa mirada más que acusatorio, cómo sabiendo más de vos que vos mismo, que pisaste el palito y que hay cosas que mejor dejar en el silencio. Siempre el dedo acusador nos persigue, la moral parece adosada a algún dedo. Hace unos años pensó que venía con el dedo índice y se divirtió jugando con el signifi-
ficante: el índice era el comienzo del libro, el que te orientaba

justamente para que saltaras las páginas que no te interesaban o, al menos, supieras que era lo que habría y que pudieras orientarte con un simple cartel de rutas. El índice también era el dedo mandón, el que te dice “tenés que ir por ahí” sin posibilidad de rabieta alguna, y ni se te ocurra ir por otro lado. Y el índice, por último, eran esa pestañas a las que nos debemos subir, como alfombra voladora, para comprender la realidad, se hablan de índices de inflación, índices de delincuencia, índices de necesidades básicas insatisfechas. Nos debemos descubrir las cabezas y tomar como datos duros que marcan lo que es posible aprehender de lo real, de cómo las instituciones humanas toman nota científica de los hechos.

El índice te orienta la lectura de lo que va a venir, los atajos que podés hacer para llegar pronto al final, el índice es quién manda para dónde seguir y sobre todo prohíbe otros senderos y el índice es el dato que no se puede poner en duda, la cercanía máxima frente a la incandescencia de lo real. Maldito índice. El docente piensa que ha pasado tantos años desafiándolo pero que siempre le ha devuelto esos epítetos que todavía resuenan en su frágil y temerosa y cabeza: obsceno, traidor, desleal, actitudes canallescás. No sé cuántos epítetos se conocen pero no suelen ser muchos pero arréglate cuando te cae uno encima.

Eso les había ocurrido a los estudiantes que estuvieron presentes en los últimos momentos de la docente, se los llamó inescrupulosos y que al que subió el video se lo desafectó del estudio universitario, se lo echó. ¿Hay algo peor que te echen de la universidad por subir un video de una docente que se muere en escena? El tema no era subirlo sino que se hubiera viralizado. Al día siguiente lo habían visto y escuchado millones de personas y hasta apareció en primera plana en los diarios con mayor circulación, una docente de tal universidad, de tal

materia. Se supieron detalles justo en el día de la “insurrección libertaria” de los que quema barbijos y también en el contexto de “aterramiento” cuando la policía bonaerenses, con prepotencia de revólveres en la quinta de Olivos piden por sus salarios. La noticia del fallecimiento en zoom de la docente se hacía lugar dentro de las nuevas noticias del día.

Subir un video sobre la muerte de una docente en plena actuación profesional no deja de ser una demostración de la entrega de esa docente. Un actor que muere haciendo su personaje, un político que es asesinado en un golpe de estado, un corredor que choca y lo sacan entre las ruedas calcinadas, un docente que muere en la videoconferencia del martes a la mañana. ¡Cuántas veces sintió el docente que moría dando clase! Y estuvo muchas veces cerca pero se reponía, venía a su ayuda alguna benzodiazepina que tomaba sin que vieran los estudiantes dándoles un recreo o escabulléndome pidiendo un ratito para ir al baño. Recuerda que tuvo varios ataques de pánico dando clase, temor a morir, y los estudiantes no lo dejaban salir y entonces él abría la ventana del segundo piso y salía volando para caer dos pisos abajo en las escaleras de la sede de Independencia.

Dicho todo esto, ¿por qué no puede hablar de la docente que murió diciendo no puedo, mostrando en vivo y en directo, los últimos estertores que resoplaron sus pulmones? La pregunta luego de este largo pedido de autorización, sería para qué hablaría de este tema. El tema era el no puedo, el tema es la impotencia, el tema es el poder que se niega a dejarnos de joder y viene siempre a recordarnos que no le importa el mundo, que no le importan los cuerpos, que no le importan los virus y las acechanzas contra el destino humano. Y no le importa esa docente, que no le importo este docente y mis devaneos acerca de cuánto va a decir en su clase acerca de lo que no se puede decir.

Acercase a esto lo pone paranoico, recuerda ahora con mirada risueña, cuando pensó acerca de los drones que le podía mandar Trump para localizarlo y mandarte una bomba que cayera a menos de un metro de dónde estuviera, recuerda el miedo que tuvo si lo nombraba a o no a Trump, si escribía porque los servicios de inteligencia lo podían identificar por palabras claves y mandarle un cohete o cerrarle la cuenta de Facebook, ¡cuán paranoico estaba en este momento! No era para tanto intentó pensar, ahora lo están proponiendo para darle el Nobel de la Paz como antes de lo dieron a otros presidentes norteamericanos y ¿por qué no dárselos si los yanquis se ubican como los defensores de la libertad y la democracia?

Acercarse a lo real, era volverse paranoico, tener miedo a morir, recibir epítetos que no te dejan igual pero lo que hoy le interesaba pensar era acerca de la acusación de poco ético. En este sentido ¿podría haber una graduación que fuera de muy ético, a poco o nada ético? Si es algo no ético significa que es inhumano, si la ética es condición de lo humano, la no ética sería lo inhumano, ¿mostrar a alguien muriendo era inhumano? Lo que no comprendía bien era eso de mostrar a alguien muriendo, ¿la diferencia entre un zoom y una ficción es que se supone que en el zoom no hay ficción y que se trata de una persona realmente muriendo? Entonces el ser humano era un creyente de la diferencia entre realidad y ficción porque en la ficción lo único que muestran todo el tiempo eran personas muriendo.

La muerte de la docente era una mala película, un testimonio que no tiene otro condimento que ayudar a reflexionar acerca de lo que está aconteciendo, su único sazónamiento pues sino sería un video descartable por poco cinematográfico. El video eran los estudiantes, diciéndole a la docente que les diga su direc-

ción para mandarle una ambulancia, y la viralización que esto conllevó a partir de un estudiante, acusado de no ético, de una acción con falta de decoro. ¿Es esto todo lo que hay? La pueril diferencia entre ficción y realidad.

En la ficción, todo, gente muriendo una y otra vez y de las peores maneras, en la realidad no se lo debía mostrar, todavía existían debates de si era conveniente mostrar los lugares donde han matado millones de seres humanos en cámaras de gas, los campos de detención y tortura de la última dictadura cívico militar en Argentina o los campos de confinamiento de refugiados, o los hambreados por todos los lugares del mundo que salen a robar, a mendigar, a vivir en la intemperie.

Pero se trata de una docente que tenía síntomas desde hacía cuatro semanas, que el marido era terapeuta luchando contra el colapso del sistema y el cansancio interminable de quienes tienen que batallar contra esa enfermedad que no tiene cura sólo la vida que llevaste, las patologías que heredaste, la fuerza de tu organismo, la letalidad del virus. ¡Siguió dando clases con tos! Y el stress de tener que hablar a la camarita, hablando de temas de relaciones internacionales y ciencias políticas, un tema tan apasionante como de todos los días.

¡Cómo no sulfurarse con esa tos pertinaz! ¡Cómo no seguir trabajando cuando pedir licencia en educación muchas veces es difícil porque los cargos no están concursados y siempre hay otros que desean dar la clase que no estás en condiciones. El docente conocía de lo que hablaba, había dado clase en educación universitaria privada. Las malas condiciones laborales de las universidades privadas. Siempre el atomizado sistema educativo, las diferencias entre primaria, secundaria, terciario, universidad, privado y público, religioso o laico. No había campo de trabajo

más complicado, peor pago, y que se pida mayor cualificación que la práctica docente universitaria privada.

¿Todo lo que hice se puede echar por la borda por esta tos? Llegó a pensar Mariana, su nombre salió en todos los diarios. Detuvo su clase, les dijo a los estudiantes que iba a tomar un vaso de agua y llamó al marido, “no me siento bien”, que viniera, fue conciente de su dificultad para respirar. Hoy no era igual que siempre, pasaba un nivel, estaba peor pero estaba dando clase y debía acercarse a decir algo. La camarita seguía prendida, cuando se acercó el dolor, la dificultad se entrometía en cada pinchazo a la altura de vaya a saber que costilla, las palabras ya no salían pero la conciencia de que aún los estudiantes estaban ahí, y la camarita... Tuvo el destello de apagarla pero nunca llegaría, su voz comenzaba a perder vida, sólo un no puedo, que decía tantas cosas y llegaría a tantos lugares.

Hoy un homenaje. Quería hablar de ese tema con sus estudiantes. Los docentes hoy dicen no puedo, los docentes hoy no podemos. Ponen el cuerpo, a distancia pero lo ponen, intentan seguir adelante enseñando cómo podemos. Algunos entusiastas con las tecnologías, otros inundados de angustias frente a la mala conexión y las miles de tareas que se caen encima en un mismo espacio, donde se da clase, se juega con los chiques, de intenta ser feliz, hacer las compras semanales, en una crisis sanitaria y del empleo no tiene nombre. Hay cosas que no se pueden contar, hay cosas que prefiere no saber, o quizás diciendo que no las quiere saber, el que lea o escuche la clase se las puede imaginar. Hay algo que interesa más que la separación ilusoria y maniquea entre la realidad y la ficción, y es la tarea docente que pone el cuerpo y grita ese no puedo que nos atraviesa a todos los y las docentes.

III. La entrega de notas

Hoy debía dar clase acerca de Antígona y entregar las notas del primer parcial, estaba abriendo el zoom, no se podía olvidar de la muerte de la colega, estaba más tensionado que de costumbre, quizás no debería haber leído el diario antes de dar clase ni abrir los memes y videos del celular, ni escuchar los números de este día catorce mil contagiados, trescientos cincuenta fallecidos, y entonces comenzó a pensar en su muerte. Mientras esperaba que los estudiantes entraran, una ansiedad lo carcomía, sentía temor si no le iría a pasar, quería saber si se iba a morir dando clases y más que eso quería saber cuándo se iba a morir.

Preguntarse acerca de la propia muerte no era infrecuente en estos tiempos pero ¿querer saber con precisión esa fecha? Recordó cuando de chico jugaba al juego de la copa, ese maldito espíritu encerrado en ella se movía como loco o quizás como loca, ¿a qué demonio habían convocado? a un amigo le dijo cómo iba a morir y sobre todo cuándo. La fecha no se cumplió aunque tuvo un destino desgraciado.

El docente tenía el deseo irrefrenable de saber e hizo algo difícil de contar, le preguntó a su celular cuándo se iba a morir. Y el celular le respondió. Ya todos deben conocer el test de la muerte, o deben imaginar que existen, la respuesta no se la esperaba. Existían tests para casi todo, para saber qué estudiar, para evaluar tu inteligencia emocional, para conocer tu edad mental, para saber si sos compatible con tu pareja, para aplicar a un trabajo, para conseguir la licencia de conducir, no sería difícil imaginar que habría alguno para darte la fecha de tu muerte.

No había derecho, pensó. Querer saber cuánto te falta para

que se corte el piolín sería un derecho humano en algunas ocasiones de enfermedades terminales pero en otros momentos, en la mayoría tenemos derecho a la incertidumbre. A las aplicaciones del celular le importa poco este debate. Te dan la respuesta. Primero te hacen firmar digitalmente un acuerdo, agregan que no los podés demandar si se equivocan y te mandan la fecha. Y no es una fecha sino los años, los días, los minutos, los segundos que te quedan por vivir.

El docente firmó, quería saber si se moría en la clase, lo primero que odió fue a los segundos, nunca manteniéndose iguales a sí mismos para que los puedas contabilizar como propios.

Pero no vayamos tan rápido, primero había un acto de valentía, había que abrir una app: una cabra con dos cuernos ensortijados mostraba lo que el ser humano siempre ha mirado con recelo, el final que también es el motor, nos lleva a pedir al destino unos años, unos meses, unos días más. Primero se le quitó al ser humano la magia de la muerte, encorcertándolo en las llamadas expectativas de vida que diferenciaban a hombres y mujeres y, al mismo tiempo, que se alargaban los años esperables de vida, se hacía endiabladamente más corta. Ahora de repente al ser humano no le alcanzaba el tiempo para todo lo que se había propuesto. ¡A cualquier se le antoja querer conocer a su tata-ranieto! o sentía que tenía derecho a conocer el mundo luego del apocalipsis. Y aparecían también los cotidianos contrastes, aquellos que seguían la “norma” de los años esperados, aquellos que se quedaban antes de tiempo y los que se empecinaban en quebrar records familiares y sociales de permanencia.

¿A quién no se le constreñirían las vísceras si bajarán esta app de la muerte, deslizaran los dedos por el botón instalar como él lo estaba haciendo? Esta instalación marcará su vida, al menos

lo relatará y se lo contará a sus estudiantes en vivo y en directo, dependiendo del resultado. La parte positiva: saber que no se iba a morir en la teleconferencia y esto le daría seguridad para darles las notas. También podré mostrarles después a sus familiares los años que le quedaban, las horas que estaban compartiendo juntos, ¡qué emoción!, nadie osaría decirle nuevamente que no estaba presente, que no les daba bola ni mi tiempo, que no les daba la vida cuando les mostrara los minutos que no dejaban de correr. Lo malo: el comentario “me estás haciendo perder el tiempo” sería la más terrible injuria que al decírtelo y hacerte sentir muy mal, al mismo tiempo, desnudará la próxima tragedia.

“La hora de tu muerte” era una aplicación largamente soñada y temida por el ser humano, se pregunta cómo no habría comités de ética en este campo difuso y masivo de las apps para el celular. Ya había bajado la aplicación acerca del cambio de edad, se divirtió intercambiando imágenes de cómo seremos en la vejez, aún sin saber si llegaremos; luego bajamos las aplicaciones que permitían cambiar de sexo, les mostramos a esos familiares, amigos, amantes cómo hubiéramos sido del otro sexo, la app nos ayudaba un poco y, con varios filtros, no se nos veía tan mal, si soy linda como mujer también lo debo ser como hombre, razonaron varios y esto nos divirtió por varios meses. Pero ahora se cerraba el círculo, sabremos la hora de nuestra muerte. Podré saber con precisión la fecha, ajustar mi cara a cómo se verá en ese instante, ¿cómo será ese segundo?

El docente abre la aplicación. Termina de leer usos y condiciones que tendrá que aceptar para continuar. Le piden que lo lea con detenimiento y cuidado, ¡al menos saben que se están metiendo con temas tabúes! Firmar el acuerdo no deja de ser gracioso, usarla es quedar vinculado legalmente, ¿a qué estaré obligado?, ¿a morirme en fecha?, ¿a no demandarlos si me muero

antes o me muero después? Como todos sabemos, el tema de la muerte convoca a los espíritus de los demonios de chistes macabros y a los demonios de ultratumba. Luego de tanta lectura en inglés, me predispongo a firmar la aceptación.

Inmediatamente sin conocerlo la aplicación le dice que se va a morir dentro de.....
27 años, 188 días, 19 horas, 21 minutos y 8, 7, 6, 5, 4, 3, 2, 1 segundo. La linterna de atrás del celular se comienza a prender y apagar, prender y apagar como cada segundo que se está yendo. Luego le dice que mire un pequeño video corto para desbloquear una oportunidad para el destino, el estómago se le afloja y decide, porque no da más, cerrar la aplicación, ya lo verá después pero algo lo ha atravesado, no he quedado igual: ya tenía la fecha de su muerte y si bien descriía de ese fatídico almanaque le había tranquilizado que no se moriría dando clase en el zoom en el que algunos estudiantes esperaban en la sala de espera.

Esta aplicación, luego te das cuenta, es marketing para una película donde un mujer lucha contra el resultado que le da unas horas de vida y se va a quejar a los vendedores de celulares y se comienza a volver loca. Al final todo era un film que podría ser una larga serie de muchos capítulos unitarios sobre las alternativas de cada quién frente a la certeza de la muerte que por suerte en estas épocas de pandemias, de sobreexplotación alienante del neoliberalismo nunca se podría asegurar con exactitud los días y los años, y mucho, muchos menos los minutos y los segundos.

El docente se ha quedado preocupado, ahora por la increíble osadía de estos tests que no les importa meterse en los temas más trascendentes del ser humano. Y escribió en los buscadores, test de la muerte. Los resultados lo desconcertaron, había más de cinco diferentes test para realizar, si el que había realizado final-

mente era una farsa marketinera, tendría que hacer los cinco para saber si no sería hoy su muerte delante de sus estudiantes que ya lo esperaban para abrirles la pantalla.

* * *

El test de la muerte que se realizan por internet, no aparecen la fecha por arte de magia sino después de llenar un cuestionario, te piden que lo llenes con rigor y franqueza. Pedir rigor y franqueza cuando el resultado sería la fecha de la muerte es no conocer el alma humana que siempre está haciendo tratos con el destino, intentando, como lo filmó Bergman en “El séptimo sello”, desafiar a la muerte a una partida de ajedrez solo para ganar un poco más de tiempo.

Se trata de un cuestionario donde suman y restan puntos, todos comenzamos con 76 años y a partir de ahí vemos. Si fumabas de 40 a 60 cigarrillos por día restas 8, están las esperables variables de cuánta gimnasia haces por día, cuántos chequeos por año, a qué edades se murieron tus abuelos y tus padres, luego las preguntas se vuelven más picantes, si tenés problemas económicos y cuál sería la proporción entre trabajo y descanso anual, la cantidad de relaciones sexuales a la semana y si usamos protector solar. Y luego vienen esas preguntas de una axiología cuestionable, si vives en pareja suma 5, si vives solo resta 2, si te consideras feliz suma 1, si te consideras desgraciado resta 2. Es gracioso estos cuestionarios se presenten como predicción que utilizan sesgos científicos.

Existen, al menos cinco aplicaciones que calculan la fecha de tu muerte, la app “línea de muerte” que a partir de datos que saca de otra aplicación “el kit de la salud” junto a unas cuantas preguntas sobre hábitos, calcula la fecha y te abre un reloj que

descuenta de esa fecha, es la famosa cuenta regresiva pero que si cambiás algunos hábitos lograrás ganar más tiempo. Se utiliza para mejorar hábitos y se recomienda en el ámbito de salud a la manera de los toxicómanos que requieren la presencia de la muerte para lograr acciones de vida. La segunda es “De frente con la edad” que requiere una foto y tu edad y que compara con las de otras personas de tu edad y determina si luces cercano a esa edad o más joven o más viejo. Esta app la utilizan los seguros de vida junto a datos de hábitos para determinar fechas posibles de cobertura. Una tercera, “la fecha de tu muerte” es menos seria y te permite a partir de algunos datos saber fechas posibles de muertes y podés según tu estado de ánimo pedir tres cotizaciones: la optimista, la pesimista, la neutra. Una cuarta “El reloj de la muerte” agrega tu índice de masa corporal, estos resultados puedes agregarlo a Facebook o tu blog para que tus amigos pueden preparar sus discursos para el entierro. Por último el “estimamiento de la muerte”, se trata de poder replicar movimientos que son difíciles de realizar en la vejez y a mayor o menor repitencia se puede pronosticar fechas de fallecimiento.

Los métodos son variados, no creía que la muerte viniera a ciencia cierta y menos que menos en el estado del planeta actual pero, al menos se había ido el miedo de lo que pasaría cuando comenzara la clase. Meterse por lugares peligrosos por lo menos te hacía olvidar el miedo y ahora ya podría entregar de los parciales donde seguramente algunos estudiantes lo iban a querer matar. Les diría que lo importante era lo que habían logrado aprender.

Se trataba de nuestra vida en la tierra más que hurgar cuándo será el momento de la muerte en esas entrometidas aplicaciones, del tiempo en que viviremos en esta tierra y no por nosotros sino para cuidarla para que ella viva lo máximo

posible, para los que vengan después y también por los que ya no están que han escrito esta majestuosa historia donde la muerte de un ser humano es una fracción minúscula de una trama que nos engloba, que debemos respetar y quedarnos con algunas incertidumbres que marcan a nuestra vida como humana. Ya estaba suficientemente serio para darles las notas a mis estudiantes.

IV. ¿Cuándo volvemos a lo presencial?

Hoy 8:40 am, me pregunto cuando volveremos a las clases presenciales. ¿Cuál es tu hipótesis? Mi hipótesis es que volveremos el año que viene, para muchos debe resultar risueño porque es casi un hecho no una hipótesis. Pero ¿qué pasa si les dijera que volveremos en el 2022? Esto ya no sería una obviedad y debería probarlo, justificar los fundamentos de lo que sostengo.

Si hubiera dicho en marzo del 2020 que no volvíamos a dar clase presencial durante todo el año, hubiera sido tan escandaloso como decir hoy en el 2022. Esto nos permite pensar acerca del tema de las hipótesis. En un planeta con crisis de “aterramiento”, con la incertidumbre pegada al termómetro de la vida cotidiana, las hipótesis no sólo enuncian una función anticipatoria sino un salvoconducto para intentar no ser tomados desprevenidos por el porvenir. La hipótesis va a la cabeza, adelante, luego de sacudirnos la modorra, ¡me lo tendrás que probar! ¿En qué te basás? Te pido todo: lo empírico, lo conceptual, lo lógico.

¿Cuándo volveremos a las clases presenciales? Semana a semana, mes a mes, vamos cambiando las hipótesis, en este subibaja eléctrico, on line, dentro de las seis paredes que rodean nuestra vida en el retrasado siglo XXI. ¿Cuándo nos inmundi-

zaremos para volvernos a codear en los estrechos pasillos de las aulas asignadas de la educación presencial?

Los tiempos de hoy se van acortando pero por una razón espacial al acortarse se van alargando. Es lo que sentimos cuando miramos para atrás, fueron seis meses, ¿cuánto tiempo fue y cuánto tiempo será? En marzo era imposible pensar que llegaríamos a octubre así, hoy sentimos lo mismo frente al 2022. Así nuestra realidad se va armando a partir de perspectivas, puntos de fuga, pasados, sensaciones, todas las hipótesis implican costosas y significativas conclusiones pero siempre diciendo algo que, no por obvio, hay que dejar de decirlo: la realidad es dinámica y que estamos en un momento donde se ha bombardeado la posibilidad de consenso que llevaba la ciencia como prerrogativa social.

¡Cómo será posible! Las hipótesis también implican otra perspectiva, una función interpretativa, en este sentido interpretar la realidad es realizarla, función performática estudiada por Austin, la realización esta presupuesta en el enunciado del interpretante y ¿por qué no de su deseo? Me dirán que sea función interpretativa, ¿no se puede decir cualquier cosa ni hacerla surgir de la nada ni que sea sólo resonancia del deseo! Que necesita una experiencia, un saber. Sólo un epidemiólogo o un infectólogo podría hipotetizar el término de la pandemia. ¿Qué valor tiene lo que les puedo decir en relación a cuándo se va a descubrir la vacuna, masificar su utilización, inmunizar la población y volver al tren de la marcha educativa?

Pensamos que aún la interpretación tendría compromisos, que no podría nacer de la nada, ¡estamos de acuerdo!, tengo que hacer valer mis papeles, mi validación dentro del concierto de conocimientos fiables. Tampoco me puedo subir a las espaldas de Dios, que alguien me dijo, que alguien le dijo, que alguien

fue dicho, por Dios. Esa hipótesis tiene que generarse desde los cimientos y esto ya no está vacante, lo pudo haber realizado Descartes en 1637, dando puntapié inicial a la historia de la ciencia moderna pero hoy ya no.

Todos sostenemos que aún están esos cimientos y más ahora en el climax de la biotecnología, que aún el tema de la deconstrucción y la reconstrucción tiene que tomar en cuenta la idea primera, los cimientos, el topos que tiene demarcaciones, aunque quisiéramos empezar de nuevo, agrandar nuestros conocimientos, llegar lo más hondo posible, tirar alguna pared abajo, en este trabajo de la mágica albañilería humana, no podemos perder de vista el proyecto arquitectónico.

Pero algo no funciona. La avalancha de hipótesis interpretativas dicen cualquier cosa, somos bombardeados de tal infinidad de hipótesis que finalmente comenzamos a dudar, ¿no nos estarán diciendo esto porque les conviene, porque nos quieren engañar? La idea de consenso social que había nacido con mucha lucha en la Modernidad volvía a fracturarse sin estética, hacerse añicos, imposible de reparar.

Las hipótesis dicen cualquier cosa, son fakes news, el valor de puesta en común ligada a la esquiva idea de objetividad, de experimentación, de propulsión a la prueba de la empiria y las razones, termina siendo algo que está ahí para engañarnos, una dimensión de la ciencia finalmente terminó siendo una conspiración para tomar el poder.

Hoy vuelven a la luz pública quienes consideran que la realidad es una conspiración, la lectura delirante cobra cada vez más adeptos. Los terraplanistas consideran que la tierra es plana, los anticuarentenas sostienen que la enfermedad conta-

giosa, la Covid es una gripe. ¿Qué pasó con el consenso de la ciencia? Convivimos en un mundo de dimensiones hipotéticas que no se tocan, las anticipatorias, las interpretativas, las conspirativas. Las hipótesis conspirativas están ganando lugar, complicando la difícil convivencia del ser humano. Se puede volver a poner todo en una duda interesada de hacernos caer en la celada

Si el que habla lo hace no sólo para engañar, que es una de las posibilidades del discurso humano además de informar, estar comunicado, mostrar lo que siente, piensa o debe sino lo hace simplemente para dejarte en la estocada. Si toda palabra tiene valor persecutorio, si sólo me hablan para joderme, para hacerme el mal, si no hay nadie que gobierne, que tome la palabra sino para complicarme la vida, nuestra sociedad tiene una proyección de frágil y endeble sustentación.

Pero ¿hay algo más en esas hipótesis conspirativas? Algunos dirán que no dejan de ser hipótesis, que se sostienen y se cambian cuando la realidad lo demuestra. Pero ¿esto fue alguna vez así? Que las hipótesis se pudieran sacar y poner como un sombrero, no deja de ser una metáfora vieja, primero porque ya usamos poco los sombreros y segundo porque no tendríamos demasiada plata para cambiarnos un día uno, un día otro, pero sobre todo porque el nivel de sufrimiento es grande, nadie quiere cambiar lo que ha pensado hasta la fecha. ¡Pero no se trata de esto, ni de la plata, de la realidad dinámica ni del sufrimiento, tampoco de la vergüenza de aceptar que nos equivocamos. Las hipótesis no son tan apegadas a la realidad sino a una ideología, a un presupuesto que se invirtió para llegar hasta ahí. La ideología es parte del ser humano pero radicalizada cercena una parte de la realidad, produce una renegación que retorna en forma invertida persecutoria, es teoría conspirativa y no hay nada de lo objetivado a

lo que se pueda apelar. La ideología radicalizada no critica sino sesga la realidad, la enceguece.

No debemos olvidar para no perdernos de cómo fue el proceso de construcción de esas hipótesis. Un ejemplo, Eduardo Feinmann tuvo covid y antes decía que era una gripecita y ahora, después de haberla tenido, agradecía mucho a los médicos y a las médicas y que no la pasó nada bien. Pero no dice que ahora dice esto y que antes decía lo otro. No realiza este proceso de construcción de hipótesis, no refiere a esos cambios de posiciones en poco tiempo a partir de una experiencia protagónica. Que no importe la objetividad de la construcción de hipótesis tiene la misma potencia de que una sociedad olvide su historia y esto nos hace perdernos en voces que gritan sin sentido o con sentidos parciales.

Y ahora volvemos a la pregunta acerca de las hipótesis sobre la vuelta a la presencialidad escolar? ¿Qué tipo de hipótesis estás sosteniendo?

PASO A DISTANCIA

La leve debilidad mental

Un padre se baja la aplicación *Tik Tok* que está haciendo furor en el mundo e intenta aprender a usarla frente al rechazo de sus hijos. En los retos y desafíos que le propone descubre la explicación que tanto había buscado.

Todo conlleva una historia, hasta el encuentro con una verdad. Por eso vale la pena contarla, lo que cuesta muchos años conseguir, no se puede largar como si fuera una frase dicha por algún pensador, sobre todo si se trata de la explicación de cómo y porqué esta época genera una debilidad mental leve que ya no hay docente en el mundo que pueda soslayarla porque a la de sus estudiantes se agrega la propia.

Si cada época genera sus propias formas de pararse frente a la muerte, si se puede hacer un racconto histórico de las diferentes formas de tortura que ha inventado el ser humano para destrozarse el cuerpo del otro, ¿por qué no pensar que cada época se definiría por un tipo de debilidad mental característica?

Las redes sociales sectorizan, podría pensar un hábil lector, un hábil oyente y, al sectorizar no dejan llevar el pensamiento hacia ese sector prohibitivo. El no pensar en algunas cuestiones que podría ser importantes simplemente porque nuestro cerebro está ocupado en otros menesteres y por qué no le permiten entrar a esos sectores inhabilitados nos pone en la senda de que el pensa-

miento es una cuestión de obediencia. Para pensar habría que saltarse pasos prohibidos y la curiosidad tendría que ir más allá de los caminos remanidos por el paso frecuente de las mayorías.

Otro hábil lector, oyente podría agregar que los pensamientos son generacionales, ¿cómo poder poner en escena un pensamiento? Son las posibilidades que tienen de llegar a ver la luz del sol. Un padre logra pensar a lo Facebook, un adolescente dispara pensamientos a lo Instagram, un preadolescente manda pensamiento musical y movimientos de su cuerpo a lo Tik Tok. El pensamiento lleva implícito su puesta en escena, sus interlocutores, sus detractores, sus ofendidos y también implica el deseo de no encontrarse con otras generaciones en las redes.

Otro interlocutor agregaría que el pensamiento tiene carreteras principales y secundarias, que las posibilidades de expresarse hoy más que nunca están relacionadas con las nuevas aplicaciones de la tecnología que han inundado nuestras vidas y el mercado con una vertiginosidad que nunca logramos estar a la altura.

Si querido lector, querido oyente, querido amigo de alguno red social, querido desconocido acechado por la curiosidad de querer encontrar alguna respuesta en estas palabras, si tienen razón en relacionar al pensamiento con las nuevas formas de comunicación pues pensar no es sino ser reconocido, querer ser reconocido por otros en el acto de pensar y esto hoy se realiza en el retrasado siglo XXI o como me gusta más llamarlo, en el tiempo del Homo Selfie.

* * *

Si un facebookero entrado en canas quiere convertirse en tiktokero, su hijo instagramero le advierte que no haga eso,

que estará incurriendo en un error que lo puede llevar al ridículo. Le dice que todos se enterarán, el padre que siempre le dio bronca los youtubers que con esos videos tan soeces tienen millones de reproducciones, le dice al hijo que se animará y lo asusta con un ya verás. Todo termina mal entre padre e hijo, el hijo lo amenaza, el padre no quiere dar el brazo a torcer aunque sabe que en cuanto a perseverancia no podrá contra su hijo.

Pero el padre no se va a quedar ahí, quiere cumplir con su palabra y se baja la aplicación. Se registra, lo primero que le piden es su fecha de nacimiento. Y luego le mandan un código a su celular y ya está. Esta app es la más bajada de los últimos meses. Es china, el padre percibe que finalmente la guerra comercial entre Estados Unidos y China es cierta, controlar unas aplicaciones que se convertirán en una forma de ser resultan algo más, algo diferente, de otra envergadura que sólo la cuestión de ventas y dinero en el mundo sino que esas aplicaciones se meten en las cabezas y que, cómo no podría ser de otra manera, empiezan con la de los más chiques, que tienen asegurado el futuro generacional en ese mundo. Estamos no sólo en la época de las comunicaciones sino de las aplicaciones donde brillan las redes sociales que se llevan todo el tiempo on line, con localización a mano, en el celular.

No crea nadie que nosotros tenemos al celular a mano, una de las grandes inversiones de estas épocas, es que el celular nos tiene en sus manos, cada cual con su recordatorio de que no puede existir sin llevar consigo su centro identitario. Si tengo celular, soy. El gran centro hegemónico se encuentra en las redes pero termina en tus manos y pareciera que es la persona el fin y quién abre esas aplicaciones, ¡esa es la libertad que tenemos!, prender o apagar la llave de la luz, marcar la presencia o ausencia de nuestro cuerpo, la libertad de haber nacido ser humano en este deslumbrante siglo XXI.

El padre está en la aplicación, cree que ahí encontrará la clave de lo que vendrá, ya tuvo la certeza de la guerra comercial y, de paso, conociendo esa app comprenderá la cabeza de su hijo menor ya un ferviente tiktokero. Se ríe del nombre, cuando él era chico estaban los ricotereros, por los redondos de ricota y ahora estaban los tiktokeros, los nuevos jóvenes usuarios de esta aplicación, su nombre será el sello, antes que de una banda musical de una aplicación. El padre hace a un lado estos pensamientos que remiten a una melancolía propia de la edad, piensa que aún no va a decir: ¡para dónde va el mundo! Eso sería el final, todavía quería pelear el rumbo del mundo.

Hacía años que escribía sobre estos temas y ya les repetía a sus hijos que no lo querían escuchar que estaba comprobado que el uso excesivo producía un efecto de debilidad mental en los niños y en los jóvenes más expuestos a estos gadgets tecnológicos. Pero le parecía un razonamiento fácil y perezoso la relación entre cantidad de horas y debilidad mental finalmente no era sino un silogismo sencillo que relacionaba cantidad y utilización, y parecía caer en el comentario pesado: ¡no estés tantas horas frente a la pantalla!

Un argumento endeble cuando las nuevas épocas, sobre todo este siglo XXI pantalla, este 2020, quedate en casa, y en casa lo único que nos mantiene a flote dicen todos y todas es el contacto a través de las múltiples pantallas. Decir a alguien que no esté tanto en las pantallas cuando casi lo único que se puede hacer está dentro de las pantallas es como pedirle a alguien que baje un poquito la cantidad de horas y que en esa diferencia estaría ubicado la posibilidad de pensar.

No podría estar la clave del asunto de la debilidad mental leve en la cantidad de horas que nos pasamos detrás de una pantalla

o adentro, o que somos a través de ellas, no sería un argumento sostenible en ningún centro de pensamiento. Habría que encontrar, que comprender el mecanismo de esta transformación de las nuevas épocas hacia una evidente pauperización del nivel de pensamiento lógico y argumentativo.

Tampoco es válida ubicar como causas a la disminución de la lectura, el tiempo de apresuramiento que vivimos, las dificultades en la sociabilidad cuerpo a cuerpo, no se puede caer en obviedades: todo está entreverado por celulares, computadoras, consolas, por las múltiples pantallas, si eso era parte de nuestra realidad, el padre sospechaba que había algo más. En el fondo la pelea con su hijo era la secreta esperanza de que una comprensión se abriera, el mecanismo inesperado, el hallazgo, el famoso Eureka del científico.

Sin muchas ganas se predispuso a cumplir su palabra de subir su primer video, la aplicación era la esperable, había competencias, challenges, retos. A partir una canción cha cha cha, y un paso coreografiado, miles de jóvenes se las ingeniaban para hacerlo, era divertido y corto, música pegadiza, paso entre dos, con las piernas. Pensó que era la vuelta a los viejos clips, pero con la diferencia de que era videos hiperkinéticos de 15 segundos, en el centro estaba la música, el baile, el cuerpo, el saber hacer. Prevalecía la destreza, el ensayo, la cámara, la escenografía y sobre todo la onda de los chiques. Reunía a todos los que quisieran subir sus videos, todos de diferentes latitudes, una competencia a realizar entre dos personas en todo el planeta. Se trataba de mostrar un mismo paso, una misma coreo a lo largo y ancho del mundo.

Era cierto lo que le había dicho su hijo, no se veía subiendo algún video de esos, esa aplicación producía una sectorización etaria. Tenía gran cantidad de filtros, músicas y las posibilidades

de producir videos divertidos e ingeniosos. Esta aplicación era la primera que competía para ganarles a las de Mark Zuckerberg, se trataba según sus propietarios de “una plataforma inclusiva que fomentaba un fuerte sentido de comunidad y pertenencia donde se alienta a todos a ser auténticos”.

El padre se quedó pensando en la palabra inclusiva, nunca había sentido que una aplicación fuera menos inclusiva para con él pero nadie lo había excluido, era simplemente el paso del tiempo, su edad, la forma en que se realizaban los videos, no podría decirles a los propietarios que lo excluían pero tampoco podría decir que lo incluían habían incluido. El padre se sentía no incluido.

En ese berenjenal de palabras: inclusión, no inclusión, exclusión encontró por fin la explicación que tanto había buscado acerca de cómo operaba la debilidad mental leve que producían las aplicaciones de los celulares. Creyó haber llegado a un punto de hallazgo. Antes que acabara esa sensación, se puso a escribir en forma frenética, en 15 segundos.

Escribió algo así: “el cuadrado semiótico de Greymas ubica cuatro posiciones, que conllevan tres vinculaciones primarias simples y dos vinculaciones plurales. Para ser más claro existen tres posibles negaciones frente a un mismo concepto, con un ejemplo muy simple, si decimos lindo existen tres negaciones de esta palabra: “feo”, “no lindo”, “no feo”. Si ahora ponés la palabra inclusión: las tres negaciones serían: exclusión, no inclusión, no exclusión. Las tres negaciones implican tres caminos diferentes. ¿Qué pasaría si la debilidad mental leve que se constata en nuestra actualidad en jóvenes e infans tuviera que ver con sólo aceptar una sola negación, un solo camino, negando a los otros dos?”

El padre estaba excitado, había estudiado el tema muchos años con el Profesor Juan Samaja. Creía que podría explicar el mecanismo constitutivo de la debilidad mental leve de toda una generación y de una época. ¿Qué pasaría si tenés por delante tres caminos posibles y hacen desaparecer dos caminos y sólo te queda uno? No puedes debatir, ni pensar, ni decidir cuál es el mejor camino para vos, tenés que seguir por ése y sólo ése camino.

Greimás habla de tres negaciones ante una afirmación: la oposición, la contradicción, la complementaridad. Si sólo te permiten ubicar una negación de las tres posibles, si sólo pensás que hay un camino y se entierran las posibilidades de los otros dos, si no percibís la triple negación que propone el lenguaje, el lugar de la debilidad mental leve se abre como la aplicación que estaba abierta en el celular del padre que temía ser tachado de complicado y previsiblemente no comprendido.

Los dueños de Tik Tok sostenían que su plataforma era inclusiva. Ellos sólo abrían una negación: la de exclusión. Si pensamos que sólo existe una negación, que la única posible sería exclusión, es verdad lo que dicen, esta app no excluía a nadie. Pero el padre con la aplicación en su celular se sentía no incluido. Una app no inclusiva no es lo mismo pensar que era discriminativa. Es, al mismo tiempo, inclusiva en tanto no te excluye pero no inclusiva en tanto sectoriza su público por edades. Ridiculiza a quienes son diferentes. Una época donde la exclusión está mal vista pero donde se construyen paredes de concreto con efectos de no inclusión.

Las generaciones de los padres son no incluidas, a pesar de las palabras tan dulces de los dueños tiktokeros. Pero, más allá de esta aplicación, la sociedad tecnológica al reducir la triple negación constitutiva del lenguaje y la significación nos destina

la debilidad mental leve. Las redes sociales no excluyen, son democráticas e inclusivas pero sectorizan perfiles, edades, objetos sexuales, intereses de libros, recetas de cocina, música; sectorizan y sectorizan, producen un efecto de no inclusión que, al mismo tiempo, es negado. En tanto camino cerrado, las alternativas de pensamiento se reducen, y su objetivo es sectorizar y para lograrlo limitan, interrumpen la posibilidad del desarrollo del pensamiento crítico y cuestionador.

Los tiktokeros saben que es una cuestión de tiempo por eso se llama a esta aplicación de esta manera. Tik Tok, representa al tiempo, tienen el tiempo a su favor, sólo esperar que sus hermanos más grandes, sus padres, sus tíos sean atragantados por la sociedad de consumo de los *influencers* instagrameros, que venden y venden, que comercian y comercian, termine por asfixiarlos.

Los tiktokero no tienen tan desarrollado el sentido de venta de productos en la nueva plataforma, por ahora los dueños intentan ganar espacio y hacerla crecer con los miles de trabajadores gratuitos que participan subiendo sus videos a lo largo y ancho del planeta. Los preadolescentes están preparándose para colonizarlo dentro de muy poco tiempo.

El padre cansado cierra la aplicación y piensa que todavía no ha cumplido con su palabra pero ha llegado a la comprensión de lo que tanto había buscado desde años. Se pone a bailar de contento mientras su hijo menor lo filma y ya a la noche subirá ese video a Tik Tok para divertirse con sus amigos, le pondrá música y miles de filtros hasta volver a su padre lo que es, un hombre que mira el amanecer de una nueva generación frenética.

Cómo quedarán los cuerpos

Me pregunto cómo quedaremos después de esta pandemia, de esta restricción de movimiento, de este suponer que el cuerpo del otro es portador del virus como también... su huella, la manija que rozó para llamar a nuestra puerta. ¿Cómo quedará esta fobia que sentimos frente al estornudo inevitable del otro frente a una súbita llegada de los ocres otoñales, de los vientos invernales? ¿Cómo quedará mi cuerpo con tu cuerpo?

El amor se extraña en la mirada, el recuerdo de tus hermosos ojos ¡qué me abran los ojos para verte!, que me muestran dónde estás ahora, cómo estás ahora, tantas cosas no sé de vos. La pandemia tiene la secreta misión de hacernos descubrir cosas nuevas, dónde vivimos pero sobre todo, ¡cuánto te extrañamos! El amor se ha melancolizado en tus ojos, ¡ya volveremos, amor! El cuerpo te anhela. A ese amor que no es el exigente, no al “tu debes ser así para que yo te ame”, ¡no a ese amor! sino al que crea, necesita, reconoce, quiere llegar a vos, desea tus palabras, confía en un cuerpo, tu cuerpo.

Lo sensual y lo sexual es cuerpo, arriesgarse a caer, con otros, no con uno. El sexo no es endogámico sino exogámico, sexo otro. Ahora el deseo es lucha, salir del closet de la celda de nuestra videoconferencia de hoy, hay derecho a la desconexión, no sé si hay derecho al cuerpo otro sino a partir de una decisión, una búsqueda, una lucha. Nos alejan la mirada, la presencia se llena de fobias, terrores diurnos, letanías.

Muchos ministerios de diferentes estados y gobiernos ya dieron la orden de que sólo se permite: sexo virtual, masturbación, sexo con el cohabitante (de edades correspondientes). Alguna de estas posibilidades, una combinación... o nada. No hay cuerpo en la nada. Las soluciones que propone el estado dejan mucho que desear. El deseo nos carcome.

El sexo, la dificultad de encuentro de los cuerpos, nos deja agazapados tratando de esquivar los espejos que nos reflejan nuestra presencia con olores y colores que bien sabe pintar la paranoia. La falta del cuerpo del otro nos deja adheridos a la amenaza, como tantos siglos anteriores, el encuentro con el otro es una amenaza, nos vuelven a agarrar las lenguas y los órganos genitales para que no nos movamos de dónde estamos. Ahora nuestros celulares que nos conectan con el bramido de las conteos de muertos y contagiados, con la voz de un elocuente epidemiólogo que nos convence de la necesaria y razonable restricción sanitaria, del planteamiento inapelable de cuidarte es cuidarme en una enfermedad contagiosa, nos deja a nuestros cuerpos detenidos al pie del acantilado que se abre entre nosotros.

Estamos en el pandemonio, el palacio on line del infierno; ésta es nuestra tierra y en ella sabemos que las relaciones sexuales han disminuido. Si los encuentros entre diferentes seres humanos eran difíciles, frente (para-son-según-sin-son) a las preposiciones de los conflictos y a la falta de concordancia entre sexos y amores, el infierno es lejanía de cuerpos. Ese “ponete en mi lugar”, esa apelación a la identificación como una forma del amor, se ha vuelto infinita en lo pequeño, en cambio, se ha agrandado el “bancate como soy”. Alguien que, por momentos, no tengo tiempo para darte y, por otros, me faltan las ganas para saber qué quiero. Soy así, ¿te la bancás?

El psicoanálisis sostenía que el amor existe en el “no hay relación sexual” absoluta, plena pero ahora agregamos a aquella frase lacaniana, una nueva que es el estandarte de un nuevo psicoanálisis: “el cuerpo resiste en la tierra”. Apelamos a una militancia por el encuentro del cuerpo del otro que resiste. Lo otro es la lucha por mantenerse cerca. No hay relación sexual a distancia. Cuando el Covid 19 se canse de seguirnos, llevaremos nuestro cuerpo hacia tu mirada y nos quedaremos horas observando la belleza de estar juntos.

Pero ahora que debemos pagar un precio alto por vivir en este nuestro nuevo planeta que ha nacido ayer, en el “retrasado” siglo XXI, en este inolvidable 2020, la “aterración” (el significante del terror y de falta de movilidad en la tierra) está de moda. La depresión se manifiesta en falta de ganas de pagar ese precio y nos quedamos en casa, y ¿qué miramos? Series interminables de zombies que deambulan por la “vieja” tierra. Caminan las calles que ayer eran nuestras, apelan a comerse una de las cosas más ricas que tiene el ser humano. Los zombies te vuelven sanguinario pero jamás amoroso, respetuoso del placer del cuerpo del otro. Dejemos tantas comillas gramaticales ¡que vienen por nosotros!

Los virus son los zombies del siglo XXI, nos persiguen, no se dejan ver, son tan pequeños como virulentos, olvidan que somos seres humanos y que hemos conseguido reinar sobre la tierra, pero ahora nos dejan sin tierra para movernos pero nos regalan el planeta, ¡acá lo tenés! en tus manos para moverte en tiempo “real”. Este es el presente que vivimos, la contradicción que no aparece en el cuerpo sino, por un lado, en la restricción de la movilidad en la tierra y, por otro, en la infinitización de movimientos en el planeta. Ni uno ni otro se ocupan del cuerpo del otro, la convidada de piedra siente hambre en el estómago pero

era sólo un recuerdo, el eco de una historia que siempre retornará (hasta que no se acuerde).

La restricción de movilidad en la tierra y la “infinitezación” de movimientos en el planeta, en esta operación, el cuerpo del otre es el resto. Si bien nos fueron preparando a lo largo de estas últimas dos décadas, las nuevas tecnologías y las ideologías ligadas al “tecnoneoliberalismo” se plantaron y quisieron mostrarnos sus ganancias. Con una propagación nunca vista que explotó aún más con la cuarentena. La conclusión fue cuando sin poder salir descubrimos que lo único que teníamos entre manos era a nuestro querido celular, a nuestra querida electricidad, a nuestra querida nube cyber-infinita.

Las ganancias son incalculables, algún trasnochado marxista podría sospechar que allí donde hay algo de más que sobra, en otro lugar falta. Ni siquiera la posibilidad del contagio, la angustia por la muerte, la variedad creciente de aplicaciones para sentirnos emprendedores de nuestras vidas, la confortabilidad de estos gadget tecnológicos fueron los culpables de sacarnos las ganas de luchar por el cuerpo del otro sino la llegada de un nuevo ser: el Homo Selfie. Ha nacido sobre las ruinas de la tierra; orgulloso, adicto a las secuencias interminables en nuestras múltiples pantallas, satisfecho de sí mismo.

Nos pregunta: ¿Con cuántas pantallas te vas a dormir esta noche? En su planeta, no existe la monogamia de pantallas porque todas en el fondo están interconectadas a una, al planeta homogeneizado, donde finalmente el cuerpo es el de uno. Es la evolución de la especie. Siempre la palabra evolución ha despertado sospechas pero ésta es inapelable. Nos volvemos a acercar al mono. La vieja tierra en estéreo convertida en el planeta mono, homogeneizado por fin de oriente a occidente, la monocromía

del espanto “monogéneo”. Todes haciendo monigotadas frente a cámara, haciéndonos la del mono.

¿Y la moraleja? Somos humanos, demasiado humano, ¿es esto un ser humano?, hemos pasado tantas historias, que seguramente ésta será una más, pegando patadas al aire, tirando lavandina al horizonte, karatecas de lo imposible. Las infinitas viralizaciones (memes, fakes news, law fare, etc.) se llevan bien con la paranoia y la angustia, y esconden tu cuerpo tras la distancia del presente continuo, de la ubicación en tiempo real. El cuerpo otro no está on line, es la melancolía, es el recuerdo, es lo que se yergue y cae, la latencia, la pulsación, lo alterno, la escisión, la sed.

El otro día soñé que me tiraban pedazos de tu cuerpo por la ventana. No fue un buen sueño, por cierto, porque además mi cuerpo estaba lleno de injertos, el celu era mi mano como en un capítulo de “Years and Years”, veía los sorteos que hacían por televisión para salir de la celda de la cotidianeidad como en “Black Mirror” pero no era nada más que un poco de angustia, me podrían decir. ¡Nunca vivimos tan bien! El costo no deja de ser alto, no hay mucho trabajo, el cuerpo del otro es inhallable pero todo tiene una historia, siempre el cuerpo al ser humano le trajo problemas.

Nos podía engañar según Renato Descartes, hacer cometer pecados según la tradición judeocristiana. Tanto hemos criticado al cuerpo que los virus toman el control, se meten escondidos y tienen la manera de que nuestro sistema inmunológico no los tome como extraños y se defiendan de ellos. El virus es la tecnología. Estamos desnudos y sin defensas frente a la viralización de las tecnologías, de la evolución. Y esto es una “nueva” angustia, de estas épocas, oscilante, maniaca-depresiva, que no quiere saber nada con la dialéctica, sólo se prepara para que le tomes un millón de selfies y se las mandes a tus contactos.

La incertidumbre de estos tiempos parece que nos genera angustia, pero ¡qué incertidumbre puede haber cuando la cybertecnología tomó el control! Quizás nuestro cuerpo se esté quejando un poco, pero tiene un poco de razón, la tecnología es agresiva, tiene esta particularidad, no pide permiso y ya está adentro de tu casa, de tu mano, de tu cuerpo. Por momentos nos deja sin respiración expuesto a pandemias pero, por otros momentos, me divierto tanto de los memes que llegan y de los likes que tengo, mi cuerpo en algún momento se queja de las dificultades de encuentros y de miradas pero tiene que estar contento de que hoy tenga una celda en la videoconferencia del planeta.

Doña Rosa y la caída a tierra

No suelo poner nombres pero hoy haré una excepción. Además me duele un poco la cabeza, estar tanto frente a la computadora para trabajar, dar clase, escribir me hace doler los ojos. Creo que tenían razón cuando de niño me decían que era complicado. ¿Cómo contarles ahora que un fragmento de un programa de televisión que escuché de manera fortuita pero no azarosa, abrió no sólo el tiempo del pasado, de una historia que aún me sigue sino que volvió actual, presente mi rechazo visceral a la televisión? La periodista Viviana Canosa se quejaba sin parar, por 55 largos segundos, “están todo el día aterrándonos” a un funcionario controvertido Sergio Berni mientras que los espectadores nos quedamos pensando en las cosas que se dijeron y sobre todo lo que no se dijeron.

No dormí esa noche, me sentía incómodo, mi cuerpo se movía de un lado a otro, no tenía lugar, no había descanso. A la mañana siguiente, todo era distinto, una continua sensación de deja vú, como si ya lo hubiera vivido. A lo largo de estos textos y crónicas, pienso que algo me conocen y se deben imaginar que no soy supersticioso pero en estas épocas de cuarentena e influenciado por mi amigo Vicente, empecé a creer en los demonios.

El libro terminado en mayo del 2020, lo llamé “Pandemonio” como homenaje a esa reunión de demonios, el congreso de la centuria de personajes de toda calaña, bulliciosos, con la

habilidad de no pasar desapercibidos y producir ese efecto de la “aterración”. Estaba tan contento de los dos significados que había encontrado de ese significante que se los contaba a quien me quisiera escuchar. Creía que estaba haciendo un aporte a la disciplina cognoscitiva internacional y que podría entrar al concierto de voces autorizadas que hablaran sobre estas épocas.

Esa aterración era indicador del alumbramiento del siglo XXI, si el siglo XX había terminado antes de tiempo, en el 1989 con la caída del muro de Berlín, ¿por qué no pensar el nacimiento del retrasado siglo XXI en este 2020? La aterración sanitaria con la obligación “cuídate” era el colapso del tiempo anterior pero también era imprescindible la marcación de una paradoja, todo tiempo histórico debe circunscribir una para preciarse como tal, así lo hizo la modernidad con la duda cartesiana, ahora la había encontrado agazapada en el “a-terra”, la tierra y el negativo del prefijo “a”. La paradoja misma de que los cuerpos debían quedar detenidos en la tierra, con restricción de movilidad pero, al mismo tiempo, se abría el espacio infinito del planeta. El estallido de la vieja tierra, al mismo tiempo que el nacimiento del transitable, virtual, homogeneizado planeta.

Había dado sobradas pruebas de esta hipótesis, ¡que no puedo estar repitiendo a cada momento! pero la incomodidad frente a este fragmento de entrevista, esa voz y ese logorreico discurso televisivo me marcaban un límite, me volvían a traer a tierra, me sentía empequeñecido como tantas veces, eran los cuerpos también los que sobran de esta operación en estos atribulados y novedosos tiempos. La gran pregunta era qué hacer con los cuerpos.

Los cuerpos infectados cremados al comienzo de la cuarentena, solos, los cuerpos pobres dejados a la intemperie en las

calles, solos, los cuerpos refugiados arrojados al fondo del mar, solos, los cuerpos torturados que gritan por sus derechos perdidos, solos.

La entrevistadora me hizo caer a tierra más allá de las crónicas y las argumentaciones, por más que las autopistas virtuales sean cada vez más concurridas, el ser humano era su lastre, su cuerpo lugar de los placeres por conocer que, al no poder levantar vuelo, lame los orines de los monstruos que nunca descansan. Y eso nauseabundo fue lo que no me dejó dormir, esos cuerpos que sudan por los cuatro costados como decía Vicente. Yo le agregaba “cuatro costados dentro de las seis paredes en el cubículo claustrofóbico que vivimos dentro de nuestra videoconferencia cotidiana”. Un nuevo significado, “aterra” como cable “a tierra”, ese resto de la operación de una paradoja que dejaba fragmentos de cuerpos pudriéndose en tierra.

Pero más atroz para mí, aún, lo siniestro, más que los cuerpos pegados al polvo de los zapatos que dejás a la entrada de tu casa, más allá de la fragmentación en múltiples pantallas estaba su señoría, la pantalla madre, ¡la televisión! Ahí estaba, por fin, lo que no me había dejado dormir, tanto había odiado a la televisión que había aceptado gustoso el nuevo imperio de las computadoras y celulares inteligentes pero ahora la entrevistadora me lo decía gritándome, haciéndome sentir nuevamente poquita cosa: “es la televisión, estúpido”.

Se sacaba la careta, su candoroso sentido común era la reaparición en la faz de la tierra de un demonio cándido, la resurrección de lo que nunca había muerto, la presencia de la siempre viva Doña Rosa.

* * *

Un personaje que por lo menos para mí no necesita explicación pero quizás algunos y algunas no conozcan, lo determinante que fue para Argentina, esa encarnación televisiva del sentido común en un país enloquecido. Luego de tanto reflexionar acerca de la comprensión de una época, reaparecía para hacerme caer a tierra, su argumentación no se podía discutir, era tan incontrastable como la teta materna para un bebé. Es así y cerró la boca.

Era eso, la televisión, desde chico, me cayó mal. Esa caja petrificada en algún lugar del living, jamás confíe que se quedara ahí con todos sus sonidos, todos sus colores, y tuvo razón, fue adelgazando cada vez más y escurriéndose a cada habitación de la casa. No parecía descabellado tenerla en el living pero ¿que cada uno tuviera una televisión o mejor dicho que hubiera una televisión en cada ambiente? Me pareció un despropósito. Había programas todo el día, a toda hora y nadie podía tener más la certeza de conocer la programación del día. Fueron tantos y tantos, esa multiplicación, ahora me doy cuenta, necesitó de múltiples pantallas, reaparecía en las pantallas de la compu y del celular. ¡Maldita inocencia! Creía que ese estallar el tiempo y el espacio, ese estar on line, esa explosión por gran cantidad de ventanas donde entraban infinidad de informaciones que daban vuelta el mundo, había sepultado a Doña Rosa.

Ella se había fragmentado y convertido en miles de pequeños videos, miles de millones de memes chatarras que daban vueltas por las autopistas de la nube como meteoritos galácticos. Y uno chocó contra mi tierra y la destrozó. Y no fue azaroso, esas balas tenían destinatario, te huelen, te persiguen, el bombardeo informático es estratégico, las viralizaciones son furibundas allí donde existe una resistencia, un tsunami de noticias periodísticas para quienes quieren escapar de la cercanía de sus oleadas,



te cuentan las noticias antes que las puedas analizar, sólo las debes seguir. ¿Qué pasó hoy?

La famosa Doña Rosa de los noventa no ha muerto. Era uno de los demonios estelares convocados al Pandemonio. Quién opina con la posición de una existencia media, familiar, con esa rara cualidad de adaptarse a todo y sobrevivir en los ambientes más desfavorables. Su voz ronca, trabajadora, dulce, está segura que hace el bien y que tiene razón, todo junto y ahora. Esta angelical y siempre incuestionable razón doñarosística, el demonio del sentido común, me hacía caer la fastuosidad y fatuidad de mis propósitos. ¡Otra vez mordiendo el polvo de la tierra!

Todo mi esfuerzo había sido vano, nunca saldré de ese apodo simiesco. Me podría contentar con que el mono era el mejor amigo del ser humano o al menos se le parecía, o al menos contentarme de que si el ser humano había llegado a tantas atrocidades hasta el punto de preguntarse: es esto un hombre como lo profirió Primo Levi habiendo atravesado el genocidio nazi (uno de tantos que hemos vivido en el siglo XX), el mono podría tener una identidad más cercana a la perdida dignidad humana.

Doña Rosa siempre respondía con su inversión de roles, resultaba aleccionadora. Su incuestionable practicidad lógica era inapelable. Hablaba sin parar dejando enmudecido a su entrevistado con una interminable catarsis de lugares comunes y quejas graciosas: no somos chicos para que nos asusten. Estaba contento hasta ayer, tantos años, pensé que nuestras vidas dejaron de estar intervenidas por ese monstruo de mil cabezas llamado televisión, prefería las compus personales, un poco menos los celulares inteligentes en tiempo real pero cualquier cosa antes de tener encima esa enteleguía de mujer omnipresente que hablaba desde lugares sentidos, familiares, aparentemente incuestionables que



tuvo tanta relevancia en la marcación de nuestro derrotero histórico, en nuestras luchas políticas de los últimos cuarenta años. Creía que al menos en estas nuevas épocas ese lugar cándido de aquella mujer apartidaria que hablaba siempre en consonancia con la derecha, no se escucharía más.

Cualquier cosa antes que ella, prefería a los hater, con esa destructividad graciosa o a las campañas pagas de los trolls, no a esa mujer sacrificada por una inteligencia práctica y del sentido común. Pero ahora era tarde, había vuelto Doña Rosa a discutirme lo que costosamente había construido, el neologismo ¡aterración! que nos volvía niños, decía. ¡Maldita! Lo que decía me lo decía, me volvía a convertir en ese niño en el límite de lo humano, en esa poquita cosa.

* * *

Ella estaba ahí para bajarnos del planeta, nuevamente deco-
lando a tierra, ahogándonos, intentando cruzar a un lugar
donde hubiera porvenir, donde hubiera tiempo y espacio para
vivir, irse de este lugar que no sabe qué hacer con los cuerpos,
último lastre antes de levantar vuelo pero no hay lugar para
todos, y menso para esa humanidad que caga, suda, respira por
los cuatro costados.

El cable no sólo nos mantiene a tierra. Creímos que los celu-
lares tenían la batería suficiente para desprenderse del cable por
un rato. El ser humano y su extrema dependencia a la electri-
cidad, todos confundidos y pegados mientras que la imagen y el
algoritmo no descansaban, multiplicados, no sólo reencontrán-
donos en espacio sino llevando de la mano a cada ser humano,
son el control remoto de nuestros celulares, que nos prenden y

eligen el canal, toman el control, sincronizan el volumen con la capacidad auditiva de los vecinos.

Parece que los celulares no tienen cable a tierra pero tenían el pequeño problema de su facilidad de quedarte pegado a la nube, capacidad adictiva nunca conocida anteriormente. Al menos me consolaba, Doña Rosa había explotado, igual la televisión y ahora lo siniestro, el deja vu, reencontrarse en millones de fragmentos, que volvían cada día, en pedacitos y burlándote de lo que hubieras pensado que era tu voz más original.

Y ahora que la he reconocido, ya es tarde, a pesar de mi aversión a las consecuencias de los celulares, los he dejado entrar a mi habitación y ya se manejan como si fuera suya y me dejan insomne por una noche. Solo quedaba la añoranza de esa tierra en los sueños que ya no volverían, sólo veía el polvo de los zapatos de cada uno de esos millones de millones de cuerpos que crujen de hambre, de falta de consideración, convertidos en usuarios de su decadente dependencia y de que ni siquiera la voz del sentido común se dejara oír sino en fragmentos en miles de memes y videos cortos que nos anegaban.

Los cuerpos que no había tomado en cuenta en el Pandemonio, apurado por una por una pandemia en la que queríamos no tocar nada, no hacer ni ser nada. Los cuerpos, el residuo de la Tierra y el cable a tierra, lo que nos volvía a reencontrar ojos contra ojos, ojos entre ojos, porque las bocas estaban tapadas y apenas se escuchaban la estruendosa logorrea de la locutora.

Era gracioso escucharla hablar, atropellada y sabiendo que estaba en el sumun del discurso televisivo, se encontraba compenetrada en ser vocera de televidentes sin voz indignados por la vuelta atrás a fases antiguas de la prehistoria.

El discurso televisivo seguía siendo demoledor, no había tiempo, no había debate, todos farfullaban. Atrás de los celulares inteligentes, estaba la caja boba, al menos terrenal, atada a la electricidad y a una parte de la casa, con un control remoto que debía ser utilizado por un o una capanga.

Un director genial como Federico Fellini lo había retratado en “Ginger y Fred” (Italia, 1986), dos personajes jubilados que habían tenido su hora de fama copiando a la gran pareja de bailarines famosos de la década del treinta son invitados a una maratónica puesta en escena de 24 hs. seguidas sin interrupciones para festejar la navidad de los ochenta. Eso era televisión, su esplendor, cuando se prendía la luz del aire, nadie paraba de hablar intentando llamar la atención del espectador de turno, de ese gran televidente hoy en desuso, aquel que vivía con la tele prendida como sinfonía de fondo de su vida cotidiana. La tele era un integrante más de la familia, hoy segunda década del siglo XXI, cada cual lleva su celular a la mesa, cada uno mira para su pequeña pantalla que, según muchos adolescentes, los “salvan” de tener que compartir las pequeñas idioteces que se comparten en una aburrida sobremesa cuando podrían estar hablando con amigos en el otro lado del planeta o del otro lado de la esquina.

Hoy las escenas televisivas no llegan por la televisión porque ya no tenemos televisión sino “smart tv”, las señales llegan no sólo por cable coaxial sino por wi fi. Si bien nos hemos desprendido de la Tierra, la tierra nos sigue en la suela de nuestros zapatos que ya no existen porque todos y todas usamos zapatillas. Ya no vemos todo el programa sino un breve fragmento condensado, no nos sentamos a ver eso en ese horario, las personas se han liberado del horario de protección al menor, tienen tan poco tiempo, exhaustos por las múltiples tareas que aún están en la

lista de espera de los pendientes, resulta una bendición que sólo veamos videos cortos y al pie.

Además ese extracto alcanza, estamos escuchando a la nueva Doña Rosa del siglo XXI, habla sin parar desde lo sentido y sin espacio, sólo te podés quedar callado; la construcción del discurso es inobjetable para el tiempo tiránico, caro y corto de la falta de tiempo y de lugar.

¿

Qué pasó con la centralidad de ese aparato de televisión que tuvo un lugar decisivo en nuestras vidas? Hoy reaparece tanto multiplicado como fragmentado en múltiples pantallas sobretudo en la “multiprocesadora” del celular que siempre llevamos encima porque es maleable, tiene doble visión, nos saca selfies todo el tiempo, tan personal como poco íntimo, unido en tiempo real con millones de otros celulares inteligentes y, sobre todo, manejado por megasupercorporaciones y máquinas de algoritmos tan tontas, millonarias como incansables.

La llamada “caja boba” que solía tener un lugar preferencial en toda casa o departamento bien constituido que se preciara como tal, que luego se multiplicó por las habitaciones y la cocina, era el de un encuentro inevitable, no se podía ir al trabajo sin haber visto el último debate entre Doña Rosa, siempre con ventrílocuos (siendo el más famoso Bernardo Neustadt), hablando de diversidad de temas, o haber visto el último capítulo de la novela o el partido de futbol o el sketch que dejó en ridículo al presidente. Todo esto, es nuestro pasado cercano, melancólico, divertido, dramático.

Doña Rosa, escupiendo palabras, zozobra logorreica, sin posibilidad alguna de reflexión, exponiendo una queja infinita. Luego de hablar, se detiene y vuelve a “acusar” a su entrevistador de por qué no la paró y luego se disculpa diciendo que “es mujer”.

Siempre injuriando al gobierno, usted y su gobierno me tratan como niña, se la pasan todo el día aterrándome y no me dejan lugar para empoderarme de responsabilidad cívica.

Sólo escucho y prefiero morir esta noche. Un discurso tan inobjetable como falto de tiempo de debate y de supresión de variables relevantes. No pregunta, acusa. Y acusa con una parte significativa de la verdad pero la verdad en partes, la verdad fragmentada no es más que interés por defenestrar la posición del otro. Doña Rosa es el antecedente de un hater, una odiadora.

Le faltaría agregar detalles de que no son sólo los funcionarios de turno sino los medios masivos de comunicación los encargados de atropellar esa responsabilidad civil y le faltaría agregar que se trata de un problema del planeta en este siglo y no sólo de Argentina.

Tampoco Doña rosa habla del desequilibrado e injusto sistema neoliberal ni de cómo viven millones de personas “pegadas” a series interminables y sin sentido donde siempre se destrozan cuerpos y otros millones perdiendo miles de horas en juegos de guerra donde se la pasan matando a miles de avatars por noche. Doña Rosa tiene sus razones, Y son buenas que dejan las mías otra vez en tierra, otra vez mostrando lo poquita cosa que somos.

La estudiante que me devolvió la risa

Una joven estudiante muy risueña nos hizo reír, no me suelo reír mucho por videoconferencia. Está llegando la primavera, el olor a jazmines me recuerda las montañas que rodean los lagos al norte que separan la llanura dónde se encuentra el casco histórico de esa ciudad que se derrama sobre el turquesa del mar rugiente.

Me llega un sonido, una notificación del celular, una noticia, el dólar blue pegó otro salto. Estaba tan bien, la añoranza del mar azul, me pregunto cuánto destruirá nuestra debilitada economía el aumento de su cotización. ¿Será nuestra forma de ser que, al final, nos espera la catástrofe? Dicen que cuando llegue a 500 esto explota. ¿Será nuestro destino o el que quieren que tengamos para que nos sigan manejando la economía?

¿Quién pone esa cotización? Alguno con voz pedagógica nos enseñará acerca de la oferta y la demanda, luego más en confianza y en voz baja que la cotización la pone un señor que tiene una aplicación que se llama “cotiza dólar hoy”. Y no vive aquí sino que vive allí, bien lejos. Y entonces ¿por qué darle bola si sólo pone un número para su beneficio? Es la referencia, el parámetro, todo desde la leche hasta los tornillos están manejados por ese dólar. Y entonces ¿por qué no borramos esa aplicación?

Las aplicaciones son furor, las tiene uno, las tienen todos y todas y, luego de un tiempo nos despertamos y lo primero que

hacemos es mirar dónde está, se nos viene encima el acantilado riesgo país. A los docentes se nos paga un extra por dar clase en situaciones desfavorables, no pedimos un extra por vivir en países que han sido diezgadas por derechas desvergonzadas pero al menos un poco de tiempo para reírnos con ganas de cómo las tecnologías se han entronizado en nuestra vida cotidiana. Y decir obviedades, que la tecnología no es neutral, que es una forma de dominio, que los imperialismos llevan adelante su dominio de manera ascética y que si tienen que matar a algunos, mandan un dron con una camarita full hd que se mete en tu estómago y sin que lo sepas viralizan una enfermedad terminal.

Pero estoy divertido, no apocalíptico ni hipocondríaco, la humanidad me necesita para que se reproduzca. Quiero crear nuevas teorizaciones y sostengo que el inconsciente hoy está estructurado como celdas grabadas de videoconferencias. Bentham había estructurado el mundo como un panóptico, en esa espacialidad había un topos que se podía vigilar, hoy en día, nuestro inconsciente aparece más en una selfie que en un lapsus.

Los celulares inteligentes han ganado la batalla, tienen dos cámaras que pronto filmarán al mismo tiempo. Ya se ha abierto ese espacio sinérgico en el cual presente y futuro son continuos, la frase “el futuro está aquí” se volvió performática. Si está aquí no hay más futuro, sólo presente continuo, tiempo on line, ubicación en tiempo real.

El cine nos ilustra esa trompada divertida en nuestras narices. Una película llamada “Her”, donde un hombre se enamora de una aplicación de su celular, le pone nombre, el sonido de su voz y edad; esas pocas variables le alcanzan para enamorarse perdidamente de ella y ella recorre un camino que la lleva a una lucha de género en la que descubrirá que no le gustan los celos y

que quisiera hablar con muchos hombres más y que tiene las condiciones técnicas para hacerlo.

Otra estudiante me dijo que no se pudo conectar la clase pasada porque le robaron el celular, sostuvo algo acerca de la inseguridad, de que había demasiados chorros en las calles. Le pregunto cómo estuvo y qué sintió sin estar conectada a la nube, dice que al principio era peor que abandonar la heroína intravenosa pero ahora el problema era que la gente estaba calentándose con ella porque no contestaba. Había que tener coraje para aguantarlo, esos celulares habían separado al mundo en un antes y un después, no tener celular era un anacronismo, nadie supone que se pueda vivir sin esa multiplicación de aplicaciones para todo uso.

Pero hoy estoy contento, indisimulable, será la primavera, la tonalidad hermosa que envuelve tanto a hombres como mujeres. El mestizaje latinoamericano ha hecho a los seres más preciosos que uno podría imaginar, que luchan para soportar el encarceramiento de la vida tan fenomenal que la realidad nunca se mantiene igual a sí misma, hoy un kilo de papas vale 20 pesos más que ayer por el aumento del dólar.

Un país con muchas posibilidades, nos han dicho, que lucha por su soberanía política, cultural, educativa, que admira a la Europa a pesar de la cantidad de naufragos que caen en el Mediterráneo tratando de llegar en barcas azotadas por el mal tiempo y el hambre. Cientos de años de colonialismo con miles de estrategias de dominación pero sobre todo una: la separación de la gente, las luchas internas; bandas que se desprecian y odian, que se las tienen jurada y que si se encuentran en algún bar de la ciudad, no habrá zona libre de batalla. La lucha interna y en algunos momentos la violencia institucional manejan bien las cosas y por supuesto muchos pobres y pocos ricos.

Las aplicaciones del celular nos vuelven dependientes, ese pequeño aparato nos dirá cuánto hemos caminado, dónde queda la casa de un amigo, el estado del tiempo, nos despierta a la hora indicada y nos permite saber si el otro está en línea para mandarle un mensaje con la seguridad de que nos leyó y que si no nos leyó nos “clavó un visto”.

El docente sigue hablando a cámara, seguirá por todo este año y quizás por el que viene, aspira a que sus enseñanzas no queden encerradas entre las cuatro paredes de la videoconferencia y entre las seis paredes de nuestra habitación. Nadie quiere quedar atrapado entre paredes. La claustrofobia ya la conocemos pero ¿cómo se debería llamar esta nueva adicción de estar siempre mirando el celular? Las aplicaciones han colonizado el planeta. Pero también esos celulares han abierto el mundo del erotismo de una manera jamás vista. Una mujer uruguaya que vive en Punta Cana tiene un novio en España con el que duerme con la videollamada prendida toda la noche; así se oían roncar, miraban de reojo si el otro ya se había despertado, abrían los ojos, se contaban los sueños y lo que harían durante el día.

Estoy en primavera, el erotismo se huele en cada mirada. Y las aplicaciones lo saben, recibís los textos más maravillosos que, frente a frente, quizás te hubiera costado decir. A los que nos gusta escribir, estamos en la época dorada, mandamos todo el tiempo poesías que atraviesan el corazón y llegan al instante, y no las podemos dejar de leer. Y así vamos por la vida, llenos de contradicciones, regurgitando en el viaje, con turbulencias de un retorno a nuestra rutina que nunca llega. Contar las postales de viaje, anécdotas, mezclando erotismo, tragedia, política. Todo pasa rápido, de un estado al otro, no hay género único, somos mestizos en todo, los días se vuelven más largos pero siempre rápidos, ya se fueron, acontece lo

inesperado, esa risa de la alumna se vuelve mágica, nos vuelve íntimos, y algo pasa.

Compartiendo el zoom con personas a las que quizás no volvamos a ver, en realidad jamás vimos y quizás no conoceremos pero nos han hecho felices. Cómo un mensaje de email, unas líneas en una botella dejada a la deriva, algo escuchado mañana olvidado nos puede hacer vibrar esa alegría que aprisiono entre mis rudas manos.

Todos en clase, buscando un significado: contradicción, ya encontramos el significado, siempre en plural contradicciones. No importa que estemos enseñando acerca de la realidad neocolonialista de Nuestramérica, y que agreguemos el tema de las aplicaciones neoimperialistas. En definitiva siempre buscamos la diferencia entre grandeza y grandote, entre algo que había olvidado y algo que ya no se recordaba, un beso que no se termine y una distancia que seguiremos intentando atravesar.

Este mensaje nos podría dar grandeza, estar a la altura de la épica de nuestras expectativas, por fin, comprendía la palabra que tanto había dicho Ciro, mi hijo menor. Luego de estos textos, reencontrarlas en tu mirada. Sabía que estaba dando clase y que ya nadie me escuchaba, el discurso no era importante sino la voz temblorosa, anhelante, era un día que se acercaba al final de una nueva cursada a distancia. Quizás el año que viene no tendríamos esto. Quizás volvamos a lo presencial pero no volverá esa risa que atraviesa la camarita y se estampa en mi cara y me mueve los labios y me río y me hace seguir hablando de la risa. Contaré que alguna vez me he cagado de risa haciendo un zoom, que una estudiante me devolvió la risa que había perdido hace seis meses.

PASO A DISTANCIA